HEROES ESPACIO

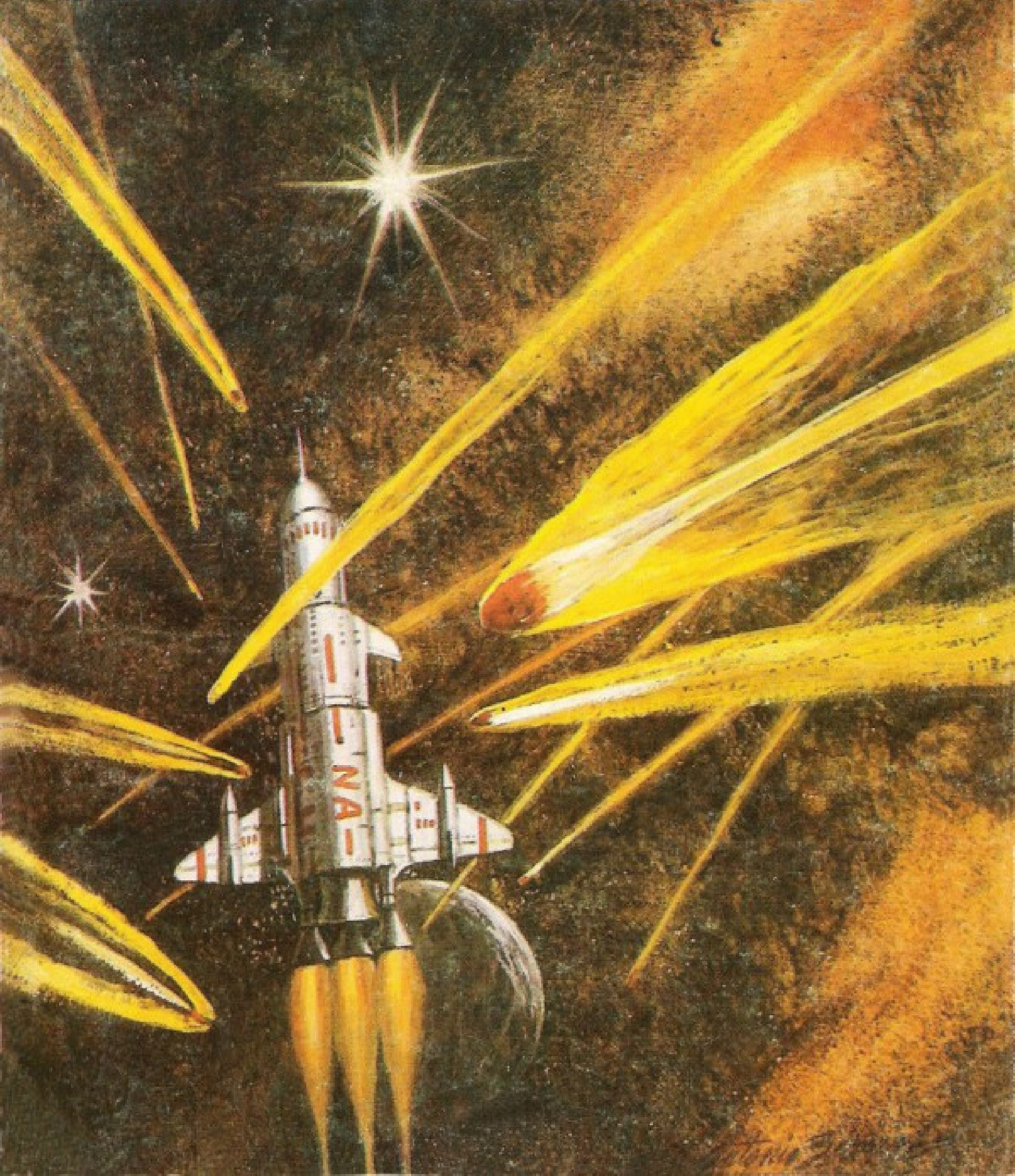
BRUGUERA

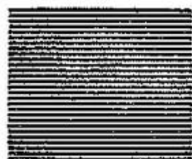
BOLSILIBROS

FUTURO

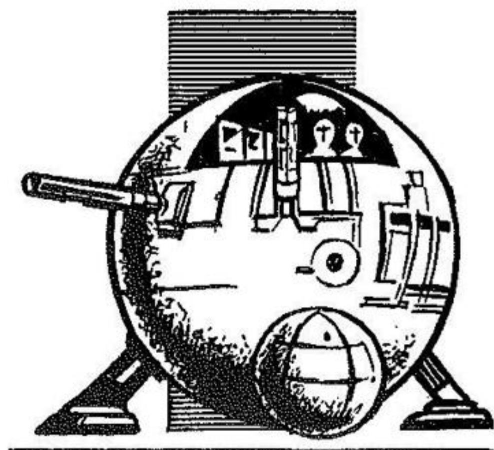
LOS METEORITOS INCANDESCENTES

ERIC SORENSSEN





héroes del ESPACIO





ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

La Conquista del Espacio

Héroes del Espacio

ERIC SORENSEN

Los meteoritos incandescentes

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 227
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281 0
Depósito legal: B. 3S.802-1984

Impreso en España Printed in Spain

l.º edición en España: diciembre, 1984
l.º edición en América: junio, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

PROLOGO

En el Centro de Coordinación, verdadero cerebro de la vida del Asentamiento 327, una de tantas colonias que los habitantes de la Tierra habían instalado en satélites naturales o artificiales del Cosmos, John Galtieri y Francisco Navarro se aprestaban a dejar sus asientos frente a la consola de inspección porque era la hora de ser relevados para todo el fin de semana.

—¿Te dedicarás al vuelo o al amor este fin de semana? —preguntó John a su compañero y amigo.

—A las dos cosas, si me dan las fuerzas —contestó riendo el interrogado—, ¿Y tú?

—Llevaré a los chicos a...

La brusca interrupción hizo que su compañero desviara su mirada de la pantalla a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

John Galtieri no respondió de inmediato; cuando lo hizo, su voz sonaba incrédula.

—En la pantalla ha aparecido... Pero no puede ser.

—¿Qué es lo que ha aparecido en la pantalla?

—Míralo tú mismo.

Francisco Navarro dejó su asiento y recorrió el metro y medio que lo separaba de su compañero. Cuando fijó sus ojos en la pantalla, sus labios dejaron escapar una exclamación que tanto tenía de sorpresa como de incredulidad.

—Pero eso parece... ¡No puede ser!

John movió varias veces la cabeza antes de hablar.

—También yo creo que no puede ser —dijo por fin—, pero eso sigue creciendo, viene en dirección al Asentamiento y... ¡Maldita sea, o soy ciego o eso es un meteorito incandescente!

—¡Pero un meteorito del tamaño de un asteroide!

John pulsó algunas teclas.

—Ahora sabremos su diámetro —dijo.

En efecto, al instante una voz metálica dijo, por el parlante de la consola:

—Diámetro trescientos veintiocho metros.

Los dos se miraron estupefactos.

—Si choca con nosotros…

—¡Llama a Prioridad!

Cinco minutos más tarde los sistemas de detención estaban preparados.

—Ese meteorito o lo que sea —dijo satisfecho Vladimir Eskolianov, Jefe de Prioridad— se disolverá en el espació dentro de exactamente tres minutos veinticuatro segundos.

Pero no fue así, a la hora exacta predicha por el Jefe, sus ojos y los ojos de los otros 425 habitantes del Asentamiento 327, contemplaban estupefactos como la red de detención era deshecha por el meteorito.

—¡Cobertura de emergencia! —ordenó Eskolianov, con voz angustiada.

Desde diez puntos distintos, y simultáneamente, rayos ultra disgregación partieron rectos hacia el cuerpo incandescente.

Con un estupor que era cada vez más simple y puro terror, los habitantes del 327 vieron como los rayos parecían ser absorbidos por el meteorito, que continuaba incólume e imperturbable su marcha hacia ellos.

Como responsable máximo de la seguridad de sus congéneres, a Eskolianov sólo le quedaba una medida por tomar y no vaciló en tomarla.

—¡Orden de evacuación total e inmediato! —vociferó por el micro.

Antes de abandonar él mismo el Centro, creyó su deber enviar un mensaje a Control Cósmico, en la Tierra:

«He dado orden de evacuación total e inmediata de Asentamiento Trescientos veintisiete. Cuerpo aspecto meteorito, diámetro trescientos veintiocho metros, velocidad doce mil quinientos veinte kilómetros a la hora, totalmente incandescente, entrará en contacto directo con Asentamiento en…»

Ni él pudo completar el mensaje, ni el resto de los pobladores poner en marcha las naves de evacuación.

El meteorito llegó antes.

Aunque la explosión que siguió al choque generó una temperatura superior al millón de grados centígrados, el super entrenado cerebro de Vladimir Eskolianov tuvo tiempo, antes de deshacerse para siempre, de formar una frase:

«No era un simple meteorito».

CAPITULO PRIMERO

Muy pocas personas podían entrar en el área reservada a Alexander Mollington, Coordinador General —en realidad, jefe máximo— del Centro Interplanetario de Paz, sin someterse a control integral.

Hans Richter era una de esas pocas personas.

Desde luego, su cargo de PPP —Primer Preservador de la Paz— era muy importante, pero por más que lo fuera no justificaba el libre tránsito por área tan resguardada. Esa libertad de movimientos se debía, por partes iguales, a su legendaria simpatía que derribaba resistencias femeninas tanto como controles electrónicos, y a su íntima digamos amistad con Denise Chantelle, la también simpatiquísima, pero además bellísima, secretaria de Mollington.

Hans, alto, rubio y, según las mujeres, guapísimo, repartió sonrisas entre el personal femenino de la antecámara y, tras susurrar algo al robot de turno para que le abriera el último paso, se encontró en el despacho de Denise.

—¿Qué le has dicho a Tony esta vez, para que te dejara pasar? —lo saludó la chica. Tony era el robot, naturalmente,

—Que te amo, que me amas, cosas de ésas —rió Hans, apoyando las palmas de sus manos sobre el escritorio tras el que se sentaba la chica y adelantando su rostro hada ella—. No hice más que decirle la verdad —completó.

—Sabes que al señor Mollington no le gusta que digas cosas a Tony.

—¿Está celoso de Tony?

—¡No digas tonterías! Es que puedes alterar sus circuitos.

—¡También tú estás celosa!

—Eres... —empezó a decir Denise, pero la risa le impidió completar la frase.

—Hablemos seriamente —dijo Hans cuando los dos acabaron de reír—. He venido para proponerte que pasemos el fin de semana en Venecia. Me siento romántico.

—¿Paseos en góndola electrónica, robots tocando la mandolina y todo eso? —se burló la chica.

Hans hizo un gesto de impotencia.

—Querida —dijo—, yo haré lo que tú me pidas…, siempre que no se trate de hacer retroceder al tiempo cuatrocientos años.

En 1,992, exactamente 353 años antes de 2354 en que vivían, había habido una terrible guerra nuclear en la Tierra. Todo quedó destruido sobre su superficie, pero unos cientos de miles de seres humanos lograron sobrevivir en refugios subterráneos, cuando sus aparatos de medición les dijeron que ya no había radiactividad, y salieron a la superficie, se encontraron con tierra calcinada. Entonces comenzaron por unirse, cosa que deberían haber hecho mucho antes, y después se dedicaron a reconstruir el planeta. Un puñado de ciudades que significaban mucho para la humanidad —Venecia entre ellas— fueron reconstruidas exactamente como habían sido antes de la hecatombe. Claro que ahora las góndolas eran electrónicas y los musicales gondoleros, robots…

—¿Qué tiene de malo París? —estaba diciendo Denise.

—Nada, ¿por qué?

—Porque dices «Me siento romántico. Vamos a Venecia». ¿Es que no puedes ser romántico aquí, en París?

—Claro que sí, pero…

Nunca llegó a completar la frase porque la seria, elegante, correcta y nunca sonriente cara del señor Mollington apareció en la pantalla de la chica.

—Señorita Chantelle, comunique reunión urgente a nivel Primeros y Segundos Preservadores.

Las sorprendidas miradas de Denise y Hans se cruzaron. ¿Reunión urgente un viernes por la noche? Esto no ocurría desde el día en que a un loco se le ocurrió enviar un ultimátum a la Tierra desde un lejano Asentamiento, haciéndose pasar por representante de Akon.

—¿Reunión *urgente*, señor? —se atrevió a preguntar Denise.

En la pantalla, la cara endureció sus rasgos y la voz salió por el micro cortante como un ultra láser.

—¿Es que no me he expresado correctamente, señorita?

—Por supuesto que sí, señor.

La reunión comenzó una hora y quince minutos más tarde, porque hubo que esperar la llegada de un PPP que estaba en Nueva York y de otro que giraba una visita de inspección al sur del Océano Pacífico. Cinco Primeros Preservadores y veinticinco Segundos, la totalidad de los que existían en la Tierra, se pusieron de pie cuando

el importante señor Mollington hizo su entrada en la oval sala de reuniones restringidas del CIP.

A sus 26 años, Hans era uno de los más jóvenes altos jefes, aunque el más joven de la reunión era Gordon O'Reilly, de 24, precisamente ayudante directo y amigo íntimo de Hans.

—Señores, algo extremadamente grave acaba de ocurrir —fueron las primeras palabras de Mollington.

A continuación, explicó brevemente lo que se sabía en la Tierra de lo ocurrido en el Asentamiento 327. El mensaje incompleto de Eskolianov y lo que los instrumentos de tierra habían detectado. Y concluyó con sus palabras de siempre:

—Señores, espero vuestras preguntas.

Naturalmente, todas las preguntas giraron alrededor del meteorito.

—¿Puede llamarse meteorito a un cuerpo que tiene más de Trescientos metros de diámetro? —quiso saber un Segundo.

Mollington tenía preparada la respuesta.

—He consultado con el profesor Karidis, máxima autoridad en la materia. Me ha dicho que no se tiene noticia de ninguno de esas dimensiones en toda la Historia, pero que no hay que olvidar que la Historia sólo tiene trescientos cincuenta y tres años. No se puede descartar que antes de la Gran Destrucción nuestros antecesores hubieran conocido meteoritos de ese tamaño; aunque, claro está, no hay constancia de ninguno en los medios de información que se han podido salvar.

—¿Los meteoritos conocidos pueden producir destrucciones tan totales? —preguntó Hans.

El Jefe hizo un gesto de impotencia.

—Tengo que relacionar mi respuesta a la que di a la pregunta anterior —dijo—. Al no haber experiencia demostrable con meteoritos de este volumen, no podemos afirmar ni negar que tal destrucción pueda producirse.

No obstante —agregó, tras una pausa—, si se me preguntara mi opinión personal me inclinaría a contestar que no, que no creo que los meteoritos puedan provocar destrucciones tan totales. —Se atusó el bigote que, a sus cuarenta y cinco años, seguía siendo rubio, y completó con su seriedad habitual—: Claro está que nadie me ha preguntado mi opinión personal y espero que nadie lo haga.

No hubo risas porque no era una broma.

Tras un breve silencio, uno de los Primeros hizo la pregunta que varios tenían en la mente.

—Si no se tratara de un fenómeno cósmico normal, ¿de qué otra cosa podría tratarse?

Esta vez Mollington estudió cuidadosamente sus uñas antes de responder.

—Esa es una pregunta —dijo por fin— a la que no puedo contestar. No tengo elementos para dar una respuesta veraz y, desde luego, no voy a dejarme llevar por fantasías.

—¿Al hablar de «fantasías», ¿piensa usted en Akon, señor? —era Hans y todos contuvieron la respiración porque ésa era *la pregunta*.

Nuevamente el Jefe se tomó su tiempo. Cuando habló lo hizo con voz pausada y tranquila, como la que emplea un maestro para explicar una lección de rutina a alumnos no excesivamente listos, pero tampoco tan tontos.

—Señores, es muy posible que, de todos los presentes, yo sea el más viejo. Y tanto yo como hombres y mujeres más viejos que yo, venimos oyendo hablar de Akon desde que tenemos uso de razón. Que es el Rey todopoderoso de un planeta llamado Celestia, que su única obsesión es destruir la Tierra, que podría hacerlo muy fácilmente, etcétera, etcétera. Y bien, yo les pregunto a ustedes como podría preguntarme a mí mismo y a esos congéneres mucho más viejos que yo de los que hablaba antes, ¿quién de ustedes ha sido víctima de una agresión por parte de Akon?

Quedó en silencio y paseó lentamente la mirada por el auditorio, aunque bien sabía que su retórica pregunta no iba a tener respuesta. Cuando volvió a hablar, su voz era más tranquila y casi satisfecha.

—Este silencio confirma el sentido de mis palabras anteriores: Nadie en la Tierra, o en cualquiera de los Asentamientos de la Tierra, ha sido atacado nunca por súbditos de Akon ni han visto una sola nave que pueda suponerse que le pertenece. De esto podemos extraer dos conclusiones: Que Akon existe pero no siente el menor interés por la Tierra o, y ésta es la que yo mantengo, que Akon no existe ni ha existido nunca. Que sólo es una creación del inconsciente colectivo de nuestros semejantes que, al no tener enemigos en la Tierra, necesitan creárselos fuera de ella, para poder seguir alimentando sentimientos de odio, temor y agresión. Tres fuerzas del

espíritu humano, caballeros, mal que nos pese admitirlo. A mayor abundamiento, concluiré diciendo que, como ustedes saben muy bien, las dos expediciones enviadas a Celestia regresaron diciendo que en ese planeta no existe el menor signo de vida. Cierto que la última de las dos se realizó hace ya ciento quince años, cuando los sistemas de detección no eran tan perfectos como lo son ahora.

La larga parrafada motivó una ruidosa catarata de murmullos. Cuando éstos se hubieron acallado, Mollington volvió a tomar la palabra.

—Ahora les diré lo que he decidido. Una flotilla compuesta por cinco naves, una comandada por un Primero y las restantes por Segundos, partirán de inmediato a la zona en que se hallaba el Asentamiento Trescientos veintisiete. Por supuesto, y por desgracia, naturalmente, nada encontrarán allí, pero la misión es de reconocimiento y no de rescate o, incluso de combate.

Hubo nuevos murmullos y miradas interrogantes. Mollington hizo Un gesto apaciguador con sus manos.

—Señores —dijo—, veo que les ha sorprendido la palabra «combate», especialmente, supongo, después de haber afirmado que no creo posible la existencia de Akon, pero somos los responsables de la Paz y no podemos descartar nunca la posibilidad de un enemigo al que destruir. Pero continúo. La flotilla patrullará durante..., digamos cincuenta horas en la zona del Trescientos Veintisiete. Si nada irregular detecta, pondrá proa a Celestia.

Nuevos murmullos, ahora más fuertes.

—Sí, naturalmente —siguió Mollington, tras una brevísima pausa —, no descartaremos ninguna posibilidad. Celestia será revisado palmo a palmo. Así saldremos de dudas, de una vez y para siempre, con respecto al tan temido Akon. Si no hay novedad, la flotilla regresará a su base al terminar la inspección de Celestia. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas.

—Bien, en ese caso terminaré la reunión diciendo que he designado al Primero Eggins y a los Segundos Ribera, Kin Lon, Ferruccio y Donovan para realizar la misión. Los demás quedan, naturalmente, en estado de máxima alerta. No pueden alejarse del Centro a distancias que supongan más de cinco minutos para regresar a él.

* * *

—Querida, esto no es Venecia.

—No.

Denise y Hans terminaban de cenar en el balcón de la habitación del Hotel Grand Bois, de Fontainebleau, a la que llegaran apenas media hora antes.

—Pero tampoco está tan mal.

—No.

Hans apuntó un indignado índice a su compañera.

—Esa no es la respuesta —dijo.

—¿Cómo que no es la respuesta?

—Tendrías que haber dicho: «Querido, ningún lugar puede estar mal, si tú estás conmigo.»

—¿Ah, sí?

Hans alzó los hombros en signo de rendición y se consagró a la atención de su suculento *Chateaubriand*.

Cuando llegaron al café, Denise se decidió hablar en serio. Pocas veces lo hacía con Hans porque era muy guapa, muy rubia, muy encantadora y, lo más importante, porque el muchacho estaba loco por ella. Y también ella por él, claro.

—¿Qué crees que ha ocurrido en el Trescientos Veintisiete?

Hans la miró sobre su taza de café que estaba a punto de llevar a los labios y dijo, con un fruncimiento de cejas.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Lo que quiero decir es ¿crees en la existencia de Akon?

El hizo un gesto dubitativo.

—No tengo la respuesta decidida para esa pregunta —confesó—, aunque me inclino a creer que tu señor Mollington tiene razón. Que es una creación de los miedos y agresividades colectivas de los terráqueos.

—Entonces crees que lo que ocurrió se debe al choque de un simple meteorito.

Dejando la taza sobre el platillo, Hans abrió sus brazos en signo de impotencia.

—No lo sé —dijo—, te aseguro que no sé lo que creo o dejo de creer. Estoy confundido, como todos. Y desearía saber qué está

ocurriendo allá arriba —levantó la cabeza hacia el cielo—. Cómo lo están pasando Eggins y los otros.

CAPITULO II

Tras cuatro horas y catorce minutos de veloz viaje, las cinco naves pintadas con el color celeste que identificaba a los navíos terrestres y luciendo en su fuselaje el círculo con las siglas CIP, llegaron al lugar espacial en que se encontraba el Asentamiento 327. Paseándose ante los controles, el Primero Eggins preguntó al controlador Balbuena:

—¿Ves tú algo que yo no lo vea?

El otro negó con la cabeza antes de hablar.

—No —dijo con voz segura—. No hay nada. Quiero decir nada del Asentamiento, porque el resto de las formaciones, e incluso el polvillo cósmico, continúan en absoluto estado de normalidad, según las comprobaciones que estamos haciendo.

Toshio Karamura, segundo de a bordo, se acercó a los dos. El era el responsable de la marcha de la nave, pero la total automatización hada innecesaria su presencia ante los mandos, excepto en caso de emergencia.

—¿Qué sacas en conclusión de eso, Eggins? —preguntó el recién llegado.

El Primero se encogió de hombros.

—Si te digo que «nada» no vas a creerme —el otro subrayó la obviedad de la afirmación con el gesto—. En ese caso será mejor que te diga que saco la misma conclusión que has sacado tú.

—O sea que no se trata de un simple meteorito.

—Así es. Un «simple meteorito», como tú dices, habría provocado alteraciones perdurables en el entorno. Al menos, lo suficientemente perdurables como para ser registradas todavía.

—¿Entonces?

Eggins se encogió de hombros.

—Hasta ahí puedo llegar. De ahí en adelante, sólo puedo hacer conjeturas.

—¿Y esas conjeturas apuntan a un elemento cósmico, asteroide o lo que sea, dirigido y con carga nuclear de choque?

—Esa es una de las posibilidades, sí.

—¿Y cuáles son las otras?

—Que se tratara de un astro o asteroide errático y que poseyera en su interior algún proceso de activación nuclearizado naturalmente y que, en contacto con el Asentamiento, haya producido la brutal explosión.

Karamura evaluó durante unos pocos segundos la posibilidad, pero de inmediato dijo, sonriendo:

—Desde luego, ésa es una posibilidad. Pero tú no crees en ella, claro.

—¿Por qué no?

—Porque sabes..., hasta los niños de la básica instrucción lo saben, que un «encuentro» de esa naturaleza puede ocurrir una vez en un millón de años.

—Esta puede haber sido «la vez».

—Sí, puede haber sido —dijo irónicamente el segundo, viendo que nada más podría sacar de su jefe.

En realidad, comprendía la actitud del Primero. Admitir que se trataba de un cuerpo dirigido significaba lo mismo que decir «Existe en el espacio un enemigo de la Tierra». Algo que hubiera aterrorizado a los seres humanos, todavía no repuestos del todo psíquicamente de la destrucción planetaria ocurrida trescientos cincuenta años antes.

Por otra parte, ¿dónde podía estar ese enemigo? Las naves de la Tierra llevaban más de doscientos años, casi trescientos, en realidad, recorriendo los confines del espacio en busca de vida sin haberla hallado nunca.

¿Akon? Eggins, quizá porque era uno de los pocos que había ascendido a la Cultura Total, no creía en su existencia. Más bien lo consideraba una especie de coco que los humanos se habían inventado para asustarse a ellos mismos.

El pensar en Akon trajo a su mente Celestia y lo arrancó de sus abstracciones.

—¿Se han completado aquí los estudios? ¿No hay posibilidad de corrección? —preguntó al controlador.

—Estudios completados. Ni la más mínima posibilidad de corrección —respondió éste, después de echar una rápida ojeada a sus pantallas.

—En ese caso —ordenó el Primero—, pongamos rumbo a Celestia.

Karamura volvió a su lugar ante los mandos principales y el intercomunicador transmitió la orden a las otras cuatro naves que componían la flotilla.

—¿Tiempo estimado para arribar a Celestia? —preguntó Eggins al controlador.

Este oprimió varias teclas, hizo que se memorizaran los resultados, oprimió otras y finalmente, mirando una pantalla lateral, dijo:

—Cuatro horas, treinta y ocho minutos, diez segundos, a velocidad constante.

—Gracias —dijo el Primero y se acercó a Karamura.

—Avísame de cualquier novedad —le dijo—. Estar en mi camarote.

Ya en él, se echó sobre la litera y de inmediato se quedó dormido. Esto no era un defecto de Eggins, todo lo contrario. Cuando estaba en Instrucción Pre-Paz cayó a sus manos un antiquísimo libro militar anterior a la hecatombe; allí leyó una frase que le hizo mucha gracia: «El soldado, cuando no pelea, duerme». Y se la aplicó al pie de la letra. Felizmente, él, como el resto de sus congéneres en los últimos trescientos cincuenta años, no había tenido que pelear nunca, pero asimilaba el concepto al de instrucción o ejercicio o vuele de patrullaje o lo que fuera. Pues bien, cuando no estaba haciendo nada de eso, dormía. Y ésta era la principal razón por la que estaba siempre en forma para la acción.

El controlador Balbuena, cuando llevaban tres horas y cuarenta y tres minutos de vuelo, desde la zona en que estuviera el Asentamiento 327, fue quien primero dio una tímida voz de alarma. O, mejor dicho, el primero que llamó la atención sobre lo que estaba viendo.

—Karamura —dijo a su superior inmediato por el intercom—, ¿tienes abierta la pantalla de visión frontal directa?

—Sí, por supuesto.

Hubo un breve silencio y después el intercom llevó hasta Balbuena la voz ligeramente alterada del segundo.

—Estoy viendo lo que quieres que vea. ¿De qué crees que se trata?

—Estoy pidiendo comprobación integral. Por visión directa, te diría que se trata de una lluvia de pequeños bólidos con incandescencia normal.

—¿Distancia?

Balbuena leyó en la pantalla.

—Ocho mil setecientos cuarenta y un kilómetros.

—¿Velocidad?

—Treinta mil kilómetros a la hora.

—¿Rumbo?

—De colisión.

Esperaba esa respuesta. Sin dudarlo ni una fracción de segundo, pulsó el botón que abría la comunicación directa con Eggins. Su informe fue lacónico pero completo.

—Posibles bólidos en rumbo de colisión. Tiempo estimado: quince minutos.

—Voy.

Cuando, un minuto más tarde, Eggins llegó a la cabina de mando, Balbuena ya disponía de comprobación integral.

—Tipo: Bólido o meteorito pequeño —empezó a leer en la pantalla—; de forma esférica, diámetro quince metros, quince centímetros; número aún imposible de determinar, no inferior a cuatro mil ni superior, a veinte mil —una exclamación de asombro salió de la garganta de Karamura al oír esto—; velocidad...

—Saltéate los detalles —se impacientó Eggins—, háblame de la composición de esos bólidos.

—Cuarenta por ciento de hierro en forma de...

—Sabes lo que quiero que me digas, Balbuena.

La voz del controlador sonó ahora tensa.

—Radiactividad desusadamente alta. Se supone núcleo...

Eggins no lo dejó seguir. Ya no le interesaba lo que pudiera decirle su subordinado.

—Alarma general — ordenó a Karamura—. Prioridad Uno a todas las naves: Rumbo libre para desviarse del rumbo que siguen los meteoritos. Cada comandante seguirá la ruta que más pronto le lleve a Celestia.

Reunión en punto prefijado. Repito: Prioridad Uno evitar contacto directo con meteoritos.

Mientras Karamura cumplía con lo ordenado, Eggins volvió junto

a Balbuena.

—Envía este mensaje a la Tierra: «Como ya saben, hemos detectado formación bólidos incandescentes, número muy elevado aún no determinado, rumbo de colisión y radiactividad desusadamente alta. He ordenado cambio de rumbo. Hemos virado tres grados a estribor y los meteoritos han corregido su rumbo para mantener el de colisión. Acabo de ordenar otros tres grados a estribor y los meteoritos han vuelto a corregir el rumbo. Ahora están a dos minutos de nosotros. Afirmo que no se trata de un fenómeno natural, ya que pueden modificar el rumbo a voluntad. No creo en atracción magnética, creo en rumbo dirigido. Meteoritos parecen proceder de Celestia. He ordenado... ¡Ya están aquí! Imposible...

CAPITULO III

Denise y Hans dormían apaciblemente en el Hotel *Du Bois*, cuando los conectares de los dos sonaron al unísono.

—Se acabó la paz —rezongó el muchacho, primero en despertar.

Después, mientras se vestía a la carrera y ya despierto del todo, pensó en el más que probable motivo de esa llamada. Claro que podían ser buenas noticias, pero él no lo creía así. Pensó en Eggins y en todos los otros y se le hizo un nudo en el corazón.

Las primeras palabras de Mollington confirmaron sus peores temores.

—Señores, mucho siento tener que comunicarles que la flotilla comandada por el Primero Eggins ha sido totalmente destruida —dejó que remitiera la ola de dolidos comentarios, y continuó—. Inspeccionaron la zona donde estaba emplazado el Asentamiento Trescientos Veintisiete sin encontrar absolutamente nada anormal; es decir, los elementos constitutivos del cosmos en ese lugar eran los que debería haber si nunca hubiera estado allí el Asentamiento. Eso les llevó a pensar que los meteoritos causantes de la destrucción no pertenecían al orden natural de las actividades interestelares, lo cual... —hizo un gesto como de espantar un insecto—. Pero dejemos eso ahora —continuó—. Eggins dio orden de seguir hasta Celestia; cuando se hallaban a cuarenta y tres mil doscientos cuatro kilómetros de su meta, una lluvia de meteoritos cayó sobre ellos, desintegrándolos tan completamente como ocurriera con el Asentamiento. Naturalmente, podrán escuchar la grabación completa del viaje, pero puedo adelantarles que el Primero Eggins habló de radiactividad desusadamente alta en el núcleo de los bólidos y corrección de rumbo a voluntad para mantener el de colisión. Las obvias conclusiones de Eggins, que yo comparto, eran de que no se trataba de formaciones naturales sino de elementos fabricados por una mente racional, con un propósito concreto.

Llegó el turno de preguntas y Gordon O'Reilly hizo la que estaba en la mente de todos.

—¿Se trata de Akon, señor?

Molligton alzó discretamente las cejas que, en él, era lo más aproximado al plebeyo encogimiento de hombros.

—Si aceptamos —dijo—, y no tenemos ningún motivo para no aceptarlo, que los únicos seres vivos y racionales del Cosmos somos los humanos, la conclusión es obvia.

Hans, siempre práctico, hizo la segunda pregunta.

—¿Ya hay plan de acción, señor?

—Aún no. He solicitado una audiencia urgentísima con el Consejo Interplanetario en Pleno. Seré recibido dentro de dos horas. Ustedes permanecerán en alerta total es decir, sin salir del edificio.

Terminada la reunión, Hans fue directamente al escritorio de Denise.

—Tú jefe se va al Consejo, así que estás libre.

—Ya lo sé, pero dentro del edificio.

—Sabes que tengo una vivienda individual de emergencia en el edificio. Podríamos pasar unos momentos...

—Ya los pasamos en el *Du Bois*. Y tú tienes que mantenerte en forma por lo que pueda ocurrir.

—Si crees que tus encantos son tan grandes como para hacerme perder la forma, puedo asegurarte que te equivocas de medio a medio.

—Puede, pero prefiero que vayamos al Centro de Recreación. Debe estar muy animado hoy.

* * *

Naturalmente, se había dado desde el CIP una orden de alarma general a todos los satélites, colonias y asentamientos que la Tierra tenía en el espacio. En todos ellos las coberturas de desintegración estaban preparadas para ser desplegadas en treinta segundos. Y, por supuesto, todos los sistemas de detección y alarma funcionaban ininterrumpidamente al máximo de sus posibilidades.

Fue Karl Knudsen, controlador de Tercera del Asentamiento 104 el primero en advertir «algo» en su pantalla. Obedeciendo las estrictas órdenes que tenía, comunicó la novedad a sus superiores sin siquiera pedir comprobación basal.

Joao Da Silva, Jefe de Prioridad del Asentamiento, hizo más que dar de inmediato la orden para que se desplegaran las coberturas; comunicó la novedad a todos los asentamientos de su Zona Orbital, además, claro está, de informar a Control Cósmico. Después se sentó ante la pantalla a ver crecer esos miles de puntes porque nada más podía hacer.

Cuando los primeros puntos, que ya tenían en la pantalla el tamaño de cabezas de alfileres, llegaron dos mil kilómetros de distancia, lo que significaba dos minutos para alcanzar el Asentamiento, entraron en acción los desintegradores de cobertura.

Pero los meteoritos siguieron su marcha.

De pie, y aferrando con dedos crispados el borde d(la consola, Joao Da Silva contemplaba la pantalla sir poder dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero no perdió los reflejos.

—¡Orden de evacuación integral e inmediata! —gritó ante el micro.

Los meteoritos incandescentes seguían acercándose a la velocidad constante de 500 kilómetros por minuto.

* * *

Con sólo el entrecejo un punto más fruncido de lo que era normal en él como única exteriorización de su nerviosismo, el flemático señor Mollington ingresó con paso firme en el salón semicircular donde efectuaba sus reuniones secretas y de emergencia el Grupo Operativo del Consejo Interplanetario. Tres mujeres y dos hombres lo formaban. Presidía Mary Ann Withfields y eran sus otros miembros Julia Hernández Pizarro, Lun-Yi- Chan, Jan Vanloohan y Tatiana Varashilova.

Entre la presidenta y la Varashilova existían tensiones que a veces se convertían en enfrentamientos, pero las cosas no habían pasado a mayores. Aunque en alguna ocasión, y cuando se creía a cubierto de los transmisores de información, la Withfields había llegado a decir que su antagonista sería capaz de hacer «cualquier cosa» con tal de hacerse con el gobierno mundial.

Pero esas habituales comidillas de los pasillos del Consejo

Interplanetario no ocupaban ahora la mente de Mollington, preocupado por urgencias mucho más dramáticas.

Le concedieron el uso de la palabra y narró con su estilo conciso pero claro y su dicción perfecta todo lo que sucediera desde los hechos del Asentamiento 327, hasta la detracciones del 104 y del 291; hecho éste último del que fuera informado pocos minutos antes. No olvidó, por supuesto, la desintegración de la flotilla comandada por Eggins. Y calló, en espera de las previsibles preguntas.

—¿Qué explicación encuentra usted para lo ocurrido? —fue la primera, hecha por Vanloohan.

—Parece fuera de toda duda —respondió Mollington con aplomo— que se trata de un ataque programado por mente o mentes racionales, utilizan un tipo de proyectil dirigible absolutamente inmune a nuestros sistemas de cobertura y desintegración.

—¿A quién cree usted que pertenecen esas mente o mentes racionales? —preguntó con intención la Presidenta.

—Señora —respondió muy digno el interrogado—, puede usted tener la seguridad que, de tener el menor indicio o, simplemente, una sospecha apenas fundada sobre la identidad del autor o autores de estos horribles crímenes, ya lo habría puesto en conocimiento del Consejo.

—Estamos seguros de eso, señor Mollington —concilió Lun-Yi-Chan, agregando, con la voz meliflua que le era habitual—: Quizá la Presidenta se refería sin nombrarlo al misterioso Akon...

Sorpresiva y sorprendentemente, la mencionada Presidenta se encargó de desmentir al conciliador.

—No, señor Lun-Yi-Chan, no era el tan socorrido y nunca visto Akon quien estaba en mi mente, sino personajes más próximos.

Hubo un entrecruzamiento de miradas entre atónita y alarmadas. Como Mollington esperaba que ocurriera Tatiana Varashilova fue la que tomó de inmediato la] palabra.

—Si la Presidencia tiene, no digo pruebas, pero si sospechas, por poco fundadas que éstas sean, sobre la identidad del autor o autores de tan monstruosos crímenes, creo que debe comunicarlos de inmediato al resto del grupo.

La aludida sacudió varias veces la cabeza y hasta esbozó un gesto despectivo con su boca, pero cuando habló sus palabras volvieron las cosas a su cauce.

—Por supuesto que yo no puedo dar nombres ni siquiera indicar direcciones en los que encontrar los culpables. Lo que quise decir, lo que deseaba preguntar al señor Mollington que, como Jefe del Centro Interplanetario de Paz, es quien mejor información posee, si cree posible que todo esto que está ocurriendo sea realizado por manos y mentes humanas.

Todos hablaron a la vez, unos con sus vecinos pero todos para escucharse a sí mismos. El único que no abrió la boca fue precisamente Mollington.

Por fin se hizo el silencio.

—No tengo el menor motivo para suponer que estos hechos hayan sido planeados por manos humanas. Es más, me pregunto cómo un ser humano podría poner en acción ingenios de guerra situados a millones de kilómetros de nuestro planeta.

—Eso nos devuelve a Akon —dijo entonces la son riente y simpática Julia Hernández Pizarro, hablando por vez primera.

—No creo en... —comenzó la Presidenta, pero tuvo que interrumpirse.

La gran pantalla, que ocupaba la totalidad de la pared situada frente a los rostros de los gobernantes se estaba iluminando.

—¿Quién ha dado orden de encender la totalvisión? —se indignó la Presidenta.

Y la impensable respuesta le llegó de la misma pantalla.

—Akon...

Las caras de todos los presentes se contrajeron en un rictus que, si mucho tenía de sorpresa, también algo tenía de temor.

La pantalla estaba iluminada a pleno, pero no había visión.

—Les habla Akon —volvió a decir la voz impersonal que salía de ella—. Yo he destruido vuestros Asentamientos y vuestra flotilla. Yo he paralizado la energía en toda la Tierra, excepto en el salón del Grupo Operativo del Consejo Planetario, porque quiero ser oído por los que tienen la responsabilidad de gobernar el mundo y proteger la vida de sus habitantes. He destruido y matado porque necesito ser creído. Cuando hablé, muchos años atrás, fui tomado por loco; ahora, porque sabéis que mi poder es grande, infinitamente más grande que el vuestro, me creeréis. Lo que voy a decir es breve y simple: Quiero el gobierno de la Tierra...

A pesar del temor, hubo un murmullo indignado.

—Sé que os indignarán mis palabras, pero tendréis que obedecer porque no os queda otro remedio. Soy más fuerte. Mis armas, como ya lo han demostrado pueden acabar en segundos con los seres que pueblan la Tierra. Os doy veinticuatro horas de plazo…

—¡Imposible! —estalló el habitualmente flemático Mollington.

—¿Imposible? —se burló la voz en la pantalla—. Pero si necesitáis más de una hora para avisar a todas las colonias y asentamientos. Pero seré generoso por que nada puedo perder. Os concedo cuarenta y ocho horas. Si al cabo de ellas mis fuerzas encuentran la menor resistencia a ocupar la Tierra, la destrucción será total.

La voz calló y la pantalla volvió a oscurecerse. Durante un minuto, todos quedaron con la vista fija en ella y en completo silencio; después, como suele ocurrir todos hablaron a la vez.

—¡Es inaudito!

—¡Akon existe!

—No podemos ceder…

Cuando se calmaron algo los ánimos, Mollington pidió la palabra.

—Señores —comenzó con tono grave—, decir que la situación es preocupante no me parece que sea exagerado. Akon existe…, aunque no debemos desechar posibilidad de que alguien haya tomado su nombre, pero eso no hace la menor diferencia. Akon o quien sea dispone de armas más poderosas que las nuestras o, cuando menos, dispone de armas contra las que nada pueden nuestras coberturas. Concluyendo: Nuestro enemigo dispone de mayor potencia que nosotros y mi opinión es que, en las presentes circunstancias, no podemos enfrentarnos a él.

—¡Pero tampoco podemos rendirnos! —protestó vivamente Vanloohan, con el asentimiento de sus compañeros.

Iba a hablar nuevamente Mollington, pero la Presidenta se le adelantó.

—Yo no creo en ese Akon —dijo—; no creía antes y sigo sin creer. Ahora estoy más convencida que nunca de que se trata de un humano.

—¿Por qué? —preguntó con tono seco la Varashilova.

—Porque hemos recorrido todo el Cosmos sin hallar el menor signo de vida.

—Pero Celestia… —opuso Lun-Yi-Chan.

—Fue inspeccionado palmo a palmo, aunque haga muchos años de eso, sin que se detectara el menor signo de vida.

—Pero de entonces ahora... —era Julia Hernández Pizarra.

La Presidenta la fulminó con la mirada.

—¿Acaso es posible que aparezca vida en un planeta y en el ridículo lapso de tiempo de un par de cientos de años llegué a desarrollar una cultura superior a la nuestra?

—Claro que no, pero puede haberse asentado en Celestia una colonia venida de otros Universos. No olvidemos que de Celestia llegaron los meteoritos que acabaron con la flotilla del Primero Eggins.

—Aunque no haya sido inspeccionada desde mucho tiempo atrás —siguió la Presidenta sin dar su brazo a torcer—, el mismo Jefe Mollington se posó en ella varias veces durante sus cotidianos viajes de inspección, ¿no es así?

—Así es —corroboró sin vacilar el interrogado—. Y puedo afirmar que no hay allí ningún signo de vida.

—Se trata de seres humanos —insistió triunfalmente la Presidenta, mirando con el rabillo del ojo a la Varashilova, que no se dio por aludida.

—Sea quién sea nuestro enemigo —intervino Julia Hernández Pizarro—, creo que lo más urgente es decidir la actitud que vamos a adoptar.

Estas palabras reanimaron a Mollington, que se irguió como un resorte antes de decir:

—Como la rendición está fuera de discusión, pido se me concedan veinticuatro horas con las manos libres para actuar. Si... Si las cosas no salen bien en ese lapso, entregaré mi dimisión y el Grupo Operativo decidirá lo que haya que hacer.

Por unanimidad, se le concedieron las veinticuatro horas que había pedido.

CAPÍTULO IV

—Que todos sean conscientes de la responsabilidad que tenemos. Nunca como hoy el destino de la Tierra, la vida de nuestros congéneres, depende de nosotros.

Las palabras grandilocuentes de Mollington, a las que sus subordinados no estaban acostumbrados, les hacían suponer que algo muy grave había ocurrido o estaba a punto de ocurrir.

Cuando, en pocas pero rotundas frases, el Jefe les puso al tanto de todo lo ocurrido, incluyendo por supuesto la amenaza de Akon, sus subordinados comprendieron que la situación era aún mucho más grave de lo que el más temeroso de ellos pudiese haber imaginado.

—Tenemos veinticuatro horas...

Con naves espaciales que alcanzaban los cuarenta mil kilómetros a la hora, veinticuatro horas podían ser muchas, pero el problema aquí era que había que buscar un enemigo que podía ocultarse en cualquier parte del... ¡Cosmos!

—He decidido que todas las unidades participen en la búsqueda de Akon. Aquí verán —se apagaron las luces de la sala y el techo se convirtió en un brillante planetario. Sin que sus ocupantes oprimieran ningún botón, los asientos corrieron hacia atrás los respaldos para permitir una visión directa y cómoda.

—Como ven, he dividido la parte del Cosmos que podemos alcanzar en vuelos rápidos. No es imaginable que el enemigo se oculte más lejos y, si lo hace, no disponemos de tiempo para llegar tan lejos. Cuatro sectores del Cosmos, uno para cada uno de los Primeros. Podrán disponer de cuanto apoyo terrestre sea necesario. En cuanto al número de naves para cada uno, dejando un diez por ciento solamente del total disponible, cada Primero tendrá a sus órdenes directas cuarenta y cinco navíos. Nunca una fuerza de tal magnitud ha atravesado los espacios interestelares. Creo que no puede existir enemigo que se atreva a enfrentarse a ella.

Se concedió media hora a los Primeros para que reunieran a sus tripulaciones —que ya llevaban un par de horas concentradas en las

naves—; Hans consumió las tres cuartas partes de ese tiempo en despedirse de Denise.

—Querida, no me queda tiempo para demostrarte mi amor sin palabras.

—Ya me lo demostraste muchas veces «sin palabras». Para variar, ¿por qué no me lo demuestras ahora «con» palabras?

—Me resulta muy difícil. Es tu desnudo cuerpo el que inspira mi boca, mi corazón, mi tripa y mi cerebro.

Pero las bromas no bastaban esta vez para ocultar el nerviosismo.

—Querido, vuelve.

—Puedes estar segura que haré lo posible.

—Sin ti yo no podría...

Los labios de Hans se aplastaron sobre los de la chica, intentando transmitirle una fuerza que él mismo no estaba seguro de tener.

* * *

—Comenzaremos la inspección por el extremo este de nuestro sector. Las naves avanzaran en zigzag para cubrir un àrea mayor. Como el tiempo de que disponemos es muy reducido, la inspección deberá ser rigurosa, pero muy rápida. Buena caza.

Hans se relajó en su confortable sillón ante los mandos de la nave, a metro y medio de él, su segundo Gordon O’Reilly, al mando efectivo de la nave, paseaba su experimentada vista sobre el complejo panel de instrumentos. Aunque la navegación estaba totalmente automatizada, no se sentía del todo tranquilo si sus ojos no confirmaban que todo estaba en orden.

Cogiendo un vaso de café sintético que un ayudante dejara en el nicho correspondiente, junto al brazo derecho de su sillón, Gordon dijo a Hans:

—¿Qué opinas de todo esto?

—Que tenemos la cuarta parte del Universo conocido para registrar y sólo doce horas para hacerlo. Navegando a cuarenta mil kilómetros por hora y siendo cuarenta y seis las naves que estamos en el sector...

—Deja de jugar al matemático. Sabes lo que quiero decir.

—¿Qué quieres decir?

—Que qué opinas sobre lo de Akon y todo eso.

Hans se repantigó en el sillón* alargando la mano para coger el vaso que también a él le dejaran. Bebió un sorbo y después:

—Mira, no sé que decirte. Me cuesta creer que sean humanos los que están detrás de todo esto, pero también me cuesta creer en la existencia de Akon.

—¿Entonces?

—Vuélveme a hacer la pregunta dentro de doce horas.

—Me temo que entonces tu respuesta sea la misma. —De ser así, repite la pregunta veinticuatro horas después. Seguro que Akon sí te dará la respuesta.

* * *

El sector del Primero Facundo Armendáriz incluía Celestia. Con buen criterio, decidió empezar su inspección por el extremo más alejado, dejando para un más cuidadoso final el misterioso planeta.

Habían «rastrillado» la mitad del sector y estaban a un par de horas de Celestia, cuando hicieron su aparición los temibles meteoritos. Armendáriz dio sin vacilar las ordenes pertinentes: Que se bombardearan a los meteoritos con todas las bocas de fuego de todas las naves. Nunca en la historia de la Tierra se había reunido tanta potencia de fuego simultáneamente.

—¡Concentren toda la potencia en un solo meteorito! —ordenó el Primero, siguiendo una inspiración del momento.

La maniobra tuvo éxito. Sometido a la incalculable presión de noventa y dos lenguas de fuego ultra láser, el meteorito atacado primero pareció estar envuelto en una cubierta de fuego verde y después se desintegró. Hubo gritos de triunfo en la nave capitana.

Pero Armendáriz no participó en esa explosión prematura de júbilo. Su totalizador acababa de informarle que habían necesitado veintiocho segundos para desintegrar al meteorito. ¿Cuánto tiempo sería necesario para desintegrar los *miles* que se les venían encima?

Nunca lo supo el Primero Armendáriz. Fue desintegrado él mismo, junto con su nave y toda su tripulación, y las cuarenta y cinco naves y cuarenta y cinco tripulaciones bajo su mando, cuando entre todos habían logrado desintegrar cuarenta y siete meteoritos.

Y eran miles...

* * *

—Ante lo sucedido a la flota del Primero Armendáriz, ordeno a todas las flotas que regresen a la base terrestre. Hago saber a los Primeros que he ordenado a todos los habitantes de satélites, colonias y asentamientos que evacuen y regresen a la Tierra.

—Señor...

—Sí, Richter.

—Solicito permiso para realizar inspección en Celestia.

Mollington permaneció silencioso unos segundos y después dijo:

—Permiso denegado, Richter. No puedo arriesgar más naves y tripulaciones.

—Entendido, señor.

—Así que volvemos a casa —ironizó Gordon.

—Quisiera saber por cuanto tiempo podremos seguir llamándola así —respondió Hans, que no estaba para ironías.

Y entonces una excitante idea cruzó por su mente.

—¿A qué distancia estamos del límite de atracción de Celestia? —preguntó a Gordon.

Este le dirigió una sorprendida mirada, pero sin ningún comentario comenzó a oprimir teclas.

—A cincuenta y dos mil doscientos noventa y un kilómetros —dijo de inmediato.

—¿Podemos alcanzar los cincuenta mil de velocidad?

—Poder, podemos... —se evadió Gordon.

Hans pidió comunicación con Mollington.

—Señor, solicito permiso para desviarme hasta límite de atracción de Celestia. Sólo retrasaré en una hora mi llegada a la base.

—¿Con qué motivo quiere hacer eso?

—Es evidente que hay una relación entre Celestia y los ataques de los meteoritos.

—Eso no está probado.

—No en cuanto a Celestia misma, ya que nadie ha podido llegar hasta ella; pero sí en cuanto a sus proximidades. Por eso quiero llegar hasta el límite de atracción, señor. Para ver si también allí nos

atacan.

—Le he dicho que no quiero perder más naves ni tripulaciones.

—Los ataques a Eggins y a Armendáriz se efectuaron dentro de la zona de atracción, señor. Si no me atacan a mí al límite, tendremos una especie de zona de seguridad para futuras actuaciones. Si me atacan...

Se oyó un gruñido y de inmediato:

—Permiso concedido. Pero sólo hasta el límite de atracción.

—Entendido, señor. Gracias, señor.

Hans desconectó el directo y se enfrentó a la burlona mirada de su segundo.

—¿Y ahora qué? —dijo éste.

—Ahora pondré en marcha un plan que se me acaba de ocurrir —abrió la comunicación con el resto de las naves de su flota—. Atención todos los Segundos y Terceros, aquí el Primero Richter —«Como si no lo supieran», murmuró por lo bajo Gordon, pero Hans no le hizo caso—. Vamos a desviamos hasta el límite de atracción de Celestia.

»Se trata de determinar los límites de la zona de seguridad con que pueden contar nuestras naves en las proximidades de Celestia. Por razones de seguridad, ordeno la dispersión. Cinco mil metros será la distancia mínima entre nave y nave. Caso de ser atacados, retirarse inmediatamente sin esperar órdenes mías. No venimos a luchar sino a investigar.

Cuando desconectó el micro, Gordon repitió su urticante pregunta.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora lo que no te esperas —fue la sorprendente respuesta.

* * *

—Si mis cálculos no fallan, estamos aproximándonos al límite de atracción de Celestia —informó Gordon, poco menos de una hora más tarde.

—De acuerdo —dijo Hans, y oprimió el botón de alarma general.

Dejando su asiento, se acercó a la mesa del controlador Dupont.

—¿Nada nuevo?

—Nada nuevo.
—Avísame cuando lo haya.
Como era su costumbre, dio una recorrida por toda la nave. Habló con los artilleros, con los suministradores, con los calculadores y hasta con los ayudantes. Para todos tuvo una palabra de afecto y esperanza.
—No son invulnerables. Da Silva desintegró cuarenta y siete —decía a todos.
Estaba escuchando el chiste que le contaba un suministrador, cuando se oyó la voz preocupada de Gordon en el sistema de megafonía.
—Hans, a comando.
Antes de llegar sabía lo que le esperaba. Y no se equivocó.
—Ya están en pantalla, señor —informó Dupont.
—¿Muchos?
—He pedido recuento. Desde luego, varios miles.
Hans ocupó su sillón.
—A todas las naves. Los meteoritos han hecho su aparición. Nos separaremos lo más posible. Cada comandante decidirá libremente el momento de ordenar retirada. Mi única orden es que esa orden debe darse «antes» y no «después». Es decir, cuando aún haya tiempo de llegar a casa. Buena suerte.
Cerró y se dirigió a Gordon.
—Nosotros rodearemos Celestia —anunció.
El otro puso ojos como platos.
—¿Qué quieres decir con eso?
—¿No sabes lo que significa «rodear» un planeta?
—Sí, pero… No querrás decir que pretendes…
Hans alzó sus cejas y exhaló aire de sus pulmones.
—Gordon —dijo—, es muy probable que las consecuencias de mis órdenes sean la muerte de todos nosotros. Si no es así, si sobrevivimos y logramos desentrañar el misterio, habremos salvado a la humanidad. Para conseguirlo, mejor dicho, para intentar conseguirlo, ¿te parece un precio demasiado alto nuestras vidas?
—No, por supuesto que no.
—Adelante, entonces.
Una luz roja se encendió en el tablero, frente a él. Conectó el intercom interior.

—Señor, soy Jones, controlador, dos naves han sido alcanzadas por los meteoritos.

—Entendido, siga informando.

—Sí, señor.

Hans esquivó la mirada de Gordon.

En los siguientes minutos se sucedieron las comunicaciones dando cuenta de nuevas naves desintegradas.

Finalmente, el balance fue de treinta y nueve navíos desintegrados y seis que lograron escapar a tiempo.

Tres minutos más tarde, la voz ahora grave de Gordon anunció,

—Hemos completado un giro de ciento ochenta grados alrededor de Celestia.

—Pon rumbo a Celestia.

El otro se le quedó mirando.

—Rumbo a Celestia —repitió Hans.

Tampoco en su voz había ironía ahora. Los hombres de cuyas muertes se sentía responsable le habían quitado los últimos restos de alegría.

Pero estaba convencido de que estaba haciendo lo que debía. No se iba a echar atrás ahora.

Una llamada en el intercom.

—¿Sí?

—Soy el controlador Dupont, señor. Meteoritos a la vista.

En lugar de impresionarle, la noticia pareció relajarlo. Era mejor enfrentarse a un enemigo visible, que buscar a otro que no se deja ver y por ello parece invencible.

Se dirigió a Gordon.

—Pierde altura.

—¿Hasta que nivel?

—Yo te lo diré.

—Estamos descendiendo. Dos mil… Tres mil… Cinco mil metros.

—Detente ahí —abrió el intercom—. Dupont, ¿qué ocurre con el rumbó de los meteoritos?

—Lo están corrigiendo, señor, para mantener el rumbo de colisión.

—De acuerdo. Informe de cualquier novedad —volviose a Gordon —. Sigue bajando.

Un minuto después habló el segundo.

—Hemos descendido otros cinco mil metros.

—Bien, pon los motores al máximo, y rumbo a- Celestia.

—Pero los meteoritos...

—Yo te guiaré.

Abandonó su sillón y fue hasta el panel de Dupont.

—¿Qué ocurre con los meteoritos? —preguntó.

—¡Que los primeros están pasando por encima de nosotros, señor! —se exaltó el controlador.

—Bien —cogió el micro—. Gordon, máxima velocidad.

—Ya estamos en máxima velocidad —protestó el otro.

Pero Hans no le escuchó, su vista puesta en la pantalla exterior del panel .

—¿Qué pasa ahora, Dupont?

—Las formaciones posteriores están en nuestro rumbo, señor.

—¿A qué tiempo de colisión?

El controlador hizo un rapidísimo cálculo.

—Dos minutos diecisiete segundos, señor.

—Avíseme cuando hayan pasado un minuto y cuarenta segundos.

—Sí, señor.

Hans esperó sintiéndose caer el sudor por la frente y las palmas de sus manos.

—Es la hora, señor.

Hans cogió el micro.

—Gordon elévate cinco mil metros. ¡Ya!

La maniobra fue tan brusca que Hans tuvo que agarrarse del respaldo del asiento de Dupont para no caer.

Pero los meteoritos pasaron por debajo.

—¿Aún quedan muchos, Dupont?

El controlador oprimió unas teclas.

—Sólo ciento ochenta y uno, señor.

—Supongo que eso para nosotros no es nada. ¿Tiempo de colisión?

—Sesenta y siete segundos, señor.

—Avíseme dentro de treinta y siete segundos.

—Sí, señor.

Ahora la espera fue casi imperceptible.

—La hora, señor.

—¡Gordon, desciende siete mil metros, ya!

Esta vez el descenso no cogió por sorpresa a Hans.

Los últimos meteoritos pasaron por encima de la nave.

—¡Lo ha conseguido, señor! —se exaltó Dupont.

—Lo *hemos* conseguido —lo corrigió Hans, y volvió a su puesto de mando.

—Bien, Gordon —dijo a su segundo, acompañando las palabras con un amplio gesto de su brazo—, tienes libre el camino de Celestia.

—Te felicito, Hans —respondió el otro con sincero acento—. Has estado genial. Y en Celestia, ¿crees que no tendremos problemas?

Hans negó con la cabeza.

—Al contrario —dijo—, creo que en Celestia *empezarán* nuestros problemas.

CAPITULO V

Sin más incidentes se posaron sobre la superficie de Celestia. El panorama que se ofreció a sus ojos, y que ya conocían perfectamente por las imágenes de la total- visión, era de una desolación extrema. Nada de vegetación y un piso polvoriento, con esporádicas formaciones rocosas. Hans, Gordon, y los otros quince tripulantes de la nave miraban el entorno con desagrado.

—El lugar ideal para unas vacaciones —dijo alguien consiguiendo una discreta cosecha de risitas.

Hans decidió que el tiempo de contemplación y descanso había terminado.

—Bajen el giroscop —ordenó—. Cinco hombres quedarán de guardia en la nave; el resto, conmigo. Cada hombre con un desintegrador con carga completa y seis rac-rac (1[{1}]). El giroscop con el cañón preparado.

El giroscop, impulsado por hidrógeno comprimido y que se desplazaba a medio metro de altura sobre el suelo, tenía capacidad para los diecisiete tripulantes de la nave, así que sus doce actuales podían ubicarse con comodidad. Ya lo había dicho Gordon al subir: «Poneos cómodos, muchachos, el viaje va a ser largo». Incluso se cargaron provisiones y bebidas para varios días.

—En funcionamiento los detectores energéticos y vitales —ordenó Hans, no bien el vehículo se puso en movimiento.

El gesto escéptico de Gordon no le pasó inadvertido. Estaba sentado uno junto al otro en el puesto de mando, un poco por encima de los dos conductores y el resto de los ocupantes.

—Tú no crees que haya vida en Celestia, ¿verdad? —preguntó Hans a su segundo.

Este hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Yo creo en las agujas de los detectores —dijo, guiñando un ojo.

Las agujas de los detectores, tanto energéticos como vitales, se obstinaban en no moverse del cero.

Cinco horas más tarde, tras haber recorrido cinco mil kilómetros, hicieron un alto para reponer fuerzas y estirar las piernas. A Hans, tras su última comunicación con Mollington, se lo veía nervioso e irritable, por lo que sus subordinados le evitaban cuidadosamente. Pero Gordon, mientras compartía con él una ración B, se atrevió a interrogarlo.

—¿Qué dijo el jefe esta última vez?

—Que me da quince minutos para iniciar el regreso.

—¿Cuántos minutos han transcurrido desde entonces?

Hans echó una distraída mirada al reloj de su guante.

—Dieciséis —fue la lacónica respuesta.

Gordon lo miró asustado.

—¿Es que has decidido convertirte en un rebelde? —enfatizó.

Hans se encogió de hombros. No estaba para discusiones y menos aún para ironías.

Pero Gordon estaba decidido a evitarle problemas a su superior y mejor amigo.

—Escucha, Hans. Te vas a meter en un lío que te podrá costar la cabeza. Y todo por nada. Porque aquí —con un brazo abarcó el desolado paisaje—, no hay nada.

—Yo no estoy tan seguro —mascullló Hans.

—Pero... ¿no te das cuenta que esto te costará la cabeza?

La insistencia de Gordon hizo mella en el mutismo de su superior.

—De lo que me doy cuenta —dijo irritado— es de que la Tierra está a punto de ser destruida, por lo menos los seres vivos que hay en ella —por su mente pasó fugaz pero vivida, la imagen de Denise—, y que nadie hace nada por evitarlo. Yo no sé si aquí encontraremos algo o no encontraremos nada. Si no encontramos nada, yo seré juzgado por rebeldía... si hay tiempo para ello. Pero si, como creo, aquí en Celestia está la base de ese misterioso enemigo, Akon o quien sea, que nos envía los meteoritos incandescentes, juro que acabaré con él o moriré intentándolo. Y ésa sí que será una muerte justificada.

Comprendiendo que la decisión de Hans era irrevocable, Gordon se redujo a deglutir en silencio los últimos trozos de la parte de ración B que le había correspondido.

* * *

—¡Señor!

Llevaban dos horas y cuarenta y cuatro minutos de fatigosa e inútil búsqueda, tras el descanso para comer, y era Chernikov, el controlador de turno entre los detectores quien había gritado.

Hans saltó de su asiento, bajó de un salto los cuatro escalones que lo separaban de la cabina principal y se plantó ante los controles.

La aguja del detector energético iniciaba un tímido movimiento.

—¿Ha localizado la dirección principal? —preguntó el jefe con excitado acento.

—Sí, señor.

Hans se dirigió al conductor.

—Corrija el rumbo de acuerdo a la información del detector —ordenó.

—Rumbo corregido a dirección principal, señor —respondió el hombre de inmediato.

—Parece que algo había, después de todo —murmuró junto a Hans, y éste se volvió y guiñó un ojo a su segundo que ponía cómica cara de derrota.

La aguja se movía ahora más velozmente.

—¿Qué distancia, Chernikov?

—Trescientos cuarenta y dos kilómetros, señor. Y se trata de una fuente energética de gran potencia.

—Lo suponía —miró a Gordon—. Pero hay algo que me confunde.

—¿Qué?

Hans señaló la aguja del detector vital, que seguía pegada al cero.

—¿Cómo —preguntó—, habiendo tanta energía, no hay vida?

—Espero que no se nos haya muerto nuestro Akon —bromeó Gordon.

Diez minutos más tarde la aguja alcanzaba su máxima posición.

Y entonces comenzó el ataque.

Si el primer impacto hubiera hecho blanco directo en el giroscop, todo hubiera terminado allí para Hans y sus hombres. Felizmente para ellos, el explosivo cayó unos treinta metros a la izquierda del vehículo y sólo alteró fugazmente el equilibrio de éste.

—Akon se despertó de su siesta —reflexionó en voz alta Gordon.

—¡Zigzag horizontal y vertical y máxima cobertura! —ordenó Hans.

El giroscop, como bestia encabritada, empezó a dar saltos hacia lo alto y a los lados. Los explosivos siguieron durante un par de minutos la trayectoria anterior del vehículo y sólo entonces corrigieron el tiro.

—Aparatos de corrección anticuados —comentó Gordon.

—O dirección remota —sugirió y el otro le miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Nada especial. Es una posibilidad tan buena como la que tú has apuntado.

Un rayo azul serpenteó en el horizonte rectamente hacia ellos.

—¿Cobertura al máximo? —gritó Hans.

—¡Sí, señor! —respondió una voz.

El Primero se desentendió del rayo que de inmediato llegó hasta el vehículo, pero fue fácilmente refractado por la cobertura.

—Ojalá le dé en el trasero a Akon —filosofó Gordon.

—¿Tiempo a fuente de energía? —preguntó Hans por el intercom.

Tras un par de segundos, llegó la respuesta.

—Dos minutos dieciocho segundos, señor.

—Cañón listo para tiro directo; armas listas; máxima alerta.

—¡Sí, señor!

Durante un minuto, todo se redujo a esquivar las explosiones, que no resultaban peligrosas por la lentitud de los artilleros en corregir el tiro. Pero en ese instante sonó por el intercom la voz nerviosa de un controlador.

—¡Señor, cobertura defensiva a cuarenta segundos!

—¿Qué tipo?

—Desintegradora.

—¡Maldición! —dijo para sí Hans y de inmediato, en voz alta—: Detengan el vehículo. Informe total sobre cobertura.

Por la proximidad del vehículo a la red defensiva, las explosiones habían cesado, pero el Primero no estaba tranquilo. La situación era comprometida. La voz en el intercom volvió a oírse.

—Mallas de rayos ultra beta y gama cinco. Profundidad, un metro; altura, cien. Techo compacto,

Hans soltó un grueso taco que hizo que Gordon le mirara con

preocupación.

—¿Has oído? —preguntó el Primero.

—¿Te refieres al taco?

—¡Me refiero al informe! —Hans no estaba para bromas.

—Sí, lo he oído. Lo del techo compacto es una pésima noticia. Quiere decir que aunque intentáramos la entrada con la nave no podríamos lograrlo.

El otro asintió con la cabeza. Era visible que su pensamiento no estaba en la conversación. De repente alzó el rostro con expresión decidida.

—Capacidad máxima de resistencia del giroscop —pidió al intercom.

La respuesta llegó inmediata.

—Trescientos ultraohmios compensados.

—Capacidad máxima de penetración de los rayos de cobertura.

Tampoco ahora hubo demora en la respuesta.

—Cuatrocientos ultraohmios compensados.

—No estarás pensando...

—¿Se te ocurre a ti otra forma de entrar?

—No, pero lo que tú vas a hacer no es entrar sino morir.

—Tenemos una oportunidad. Si entramos a máxima velocidad podremos atravesar la red, que sólo tiene un metro de profundidad.

Gordon elevó sus manos en ademán de detención.

—Hans —dijo—, creo que ni tú ni nadie puede tacharme de cobarde...

—Gordon, no tengo tiempo ahora. Y nadie te tachó nunca de cobarde.

—¡Escúchame! He dicho lo de la cobardía por lo que te voy a decir ahora.

—Sé breve.

—Brevísimo. No me importa morir luchando; no me importa morir porque he fracasado en mi misión o cometido un error; pero no quiero suicidarme. Y lo que tú intentas es exactamente eso; un suicidio. Y lo peor de todo: Un suicidio inútil.

Hans hizo un gesto contemporizador.

—Es muy arriesgado, lo sé —concedió—, pero hay una probabilidad entre mil de que podamos pasar. Y es la única manera que tenemos de...

—Hay otra manera.

El Primero miró sorprendido a su subordinado.

—Sí —siguió este—, es comuicar lo que está ocurriendo a Tierra. Ya vi que cerraste todas las conexiones con la base cuando te decidiste a desobedecer las órdenes de Mollington —concluyó con voz cómplice.

—Sí, lo hice —admitió Hans—. No quiero contactos con Tierra hasta no poder ofrecer resultados.

—Si ahora comunicas nuestro descubrimiento, ellos pueden enviar naves de perforación que atravesarán esa cobertura como si se tratara de mantequilla.

—¿Cuánto tardarán en llegar esas naves? ¿Y qué crees que haría Akon, o quien sea que esté detrás de esa red, mientras tanto?

Con un gesto, Gordon se desentendió del asunto. Hans cogió el micro.

—A toda la tripulación —dijo con voz firme—. He tomado la decisión de atravesar la red de cobertura. Aunque la capacidad de penetración de los rayos que conforman la red es algo mayor que la capacidad de resistencia de nuestro vehículo, confío en poder pasar basándome en la alta velocidad a que haremos el intento, y a la escasa profundidad de la red, que es de sólo un metro. De todos modos, no oculto a nadie que el peligro de ser desintegrados es alto. Si he tomado esta decisión es porque estoy convencido que sólo nosotros podemos salvar a nuestros congéneres de la total destrucción a que están condenados, no hay tiempo de pedir refuerzos a Tierra porque el enemigo actuaría antes. Es nuestra obligación arriesgar la vida por salvar la de nuestros semejantes. Buena suerte. Posición de seguridad.

Desconectó la red general y pasó a conducción.

—Retroceder cincuenta kilómetros; después motores a máxima potencia recto hacia la red.

Ahora sólo cabía rezar y cruzar los dedos. Hans se sentó en su sillón, ajustó los correajes y se cubrió con la coraza antirradiación, cumplimentando él también las medidas de la posición de seguridad.

El vehículo retrocedió a marcha normal hasta la posición indicada por el Primero, se detuvo unos segundos al alcanzarla y un sutil pero perceptible cambio en el casi inaudible rumor que llegaba al interior insonorizado de la nave hizo saber a sus ocupantes que los

motores estaban alcanzando su máxima potencia.

Cuando de nuevo el giroscop se puso en marcha todos fueron aplastados contra los respaldos de sus asientos. En las pantallas, la red de cobertura crecía y crecía hasta abarcarlo todo.

—¡Cinco segundos para la red! —anunció la voz tensa del controlador de turno y todos dieron un respingo al oírlo.

—¡Cuatro!

—¡Tres!

—¡Dos!

—¡Uno!

La sensación fue la que se tendría que atravesar una cortina de fuego dentro de un balón. El giroscop comenzó a bambolearse y saltar sin orden ni concierto, mientras su interior se convertía en un infierno de calor.

Temiendo que las sacudidas tan violentas provocaran daños irreversibles en los cerebros de sus hombres, Hans vio espantado cómo empezaba a resquebrajarse el blindaje de la cabina de mando. Rápidamente calculó que las corazas antirradiación no resistirían más allá de un minuto.

Así que les quedaba un minuto de vida.

«Gordon tenía razón; ha sido un suicidio».

Y entonces el vehículo empezó a dar tumbos, hasta que se detuvo. Hans, con la vista fija en el blindaje cada vez más resquebrajado, tardó una milésima de segundo en entender: El blindaje habla cedido, lenguas de fuego lamían sus bordes, estaba él mismo ligeramente conmocionado, pero estaba vivo y habían atravesado la barrera de rayos.

Estaban en el interior del centro energético desde el que se dirigían los ataques a los terrestres.

Sin quitarse la coraza antirradiación, Hans se liberó de sus correajes de seguridad, y se puso en pie.

En su asiento, Gordon estaba con la cabeza caída sobre el pecho, todo lo que la coraza le permitía.

Medio minuto le bastó a Hans para saber que su segundo sólo estaba conmocionado. Lo dejó y descendió a la cabina general.

Allí la destrucción era más generalizada, pero los hombres se liberaban de seguridad y se ponían en movimiento.

—¿Ha habido bajas? —preguntó el Primero a Chernikov, primero

con quien se cruzó.

La voz, atravesando el micromicro adosado a la coraza a la altura de la boca, salía metálica e impersonal, pero nadie reparaba en ello en esos momentos.

—Aquí no, señor, pero no puedo saber lo que ha ocurrido con el resto del giroscop porque ningún instrumento funciona.

—¿Ninguno?

—Ninguno, señor. No hay energía.

Sorprendido, Hans miró en torno y sólo entonces cayó en la cuenta que la juz difusa que los iluminaba venía del exterior, a través de los múltiples orificios del blindaje.

Un hombre, abriéndose paso entre hierros retorcidos y elementos dispersos por el piso, llegó desde la parte posterior.

—Tres muertos, señor. Dos suministradores y el ayudante Pearson.

—Los siento, ¿y el resto?

—Con golpes y conmocionados, pero recuperándose, señor.

—Bien, listos para abandonar la nave.

—Sí, señor.

Hans volvió a grandes pasos a la cabina de mando. Gordon cabeceaba lentamente y él lo liberó de los correajes. No pudiendo conocer el nivel de radiactividad dentro del vehículo, dejó a su segundo con la coraza puesta.

Los pequeños rac-rac colgaban de su cinturón, bajo la coraza; estaba cogiendo su desintegrador, cuando un hombre llegó a la carrera.

—¡Señor, mire! —y señalaba al exterior por un gran orificio en el blindaje.

Hans se asomó al agujero y lo que vio no contribuyó a tranquilizarlo.

Media docena de robots, armados con lo que parecían desintegradores, avanzaban abiertos en abanico y a buen paso hacia el vehículo.

CAPITULO VI

Hans calculó que aún demorarían entre tres y cuatro minutos en llegar hasta el giroscop; no era mucho tiempo, pero era algo. Como primera medida, buscó entre el revoltijo de instrumentos, hierros y elementos de toda clase un contador manual de radiactividad. Tu vo la suerte de encontrar de inmediato uno, y que funcionaba.

—Müller —dijo al hombre que le informara de los robots, tras quitarse la molesta coraza—, el nivel de radiactividad es casi normal. Que los hombres se quiten las corazas y tengan sus armas listas. Y que estén concentrados, ya que la megafonía no funciona.

—Entendido, señor.

De inmediato volvió su atención a Gordon, que volvía lentamente en sí. Le quitó la coraza y el muchacho aspiró ansiosamente el aire.

—¿Estás bien?

Gordon entreabrió los ojos, intentando fijarlos en su jefe.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado...?

—Hemos pasado. Y tú te desmayaste.

Gordon quiso incorporarse pero fracasó en el intento y volvió a dejarse caer sobre su asiento.

—Lo has conseguido, Hans...

—Sí, pero el giroscop está destruido y seis robots armados con desintegradores están a punto de llegar.

La última noticia sirvió de poderoso reconstituyente al Segundo, que ahora sí se levantó de un salto.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Dejarte al mando...

—¿Y tú?

—Yo saltaré al suelo por el lado opuesto e intentaré sorprenderlos con los rac rac. Vosotros haréis fuego de contención, protegidos tras los restos del blindaje. Si los desintegradores de los robots son similares en potencia a los nuestros, no podrán perforarlo. ¿Estás en forma?

—Sí.

—Pues ordena iniciar el fuego.

—Cuídate.

—Lo mismo digo.

No era necesario abrir las puertas para salir del giroscop. Con el desintegrador colgado a la espalda y un rac-rac en cada mano, Hans saltó al suelo por un orificio más grande que sus vecinos. El vehículo le ocultaba de la vista de los robots, pero la preocupación del muchacho era que los explosivos fueran suficientes para desintegrar a los enemigos. Por supuesto, de los robots fabricados en la Tierra no habría quedado ni polvo ante el impacto directo de un rac-rac, pero Hans ignoraba el material en que éstos estaban hechos.

De todos modos, no disponía de arma más eficiente porque el cañón del giroscop había saltado de su base al caer el vehículo al suelo. Y, aunque no hubiera ocurrido eso, tampoco habría funcionado porque se nutría de la fuente de energía del giroscop, que había quedado inutilizada.

Un silbido próximo y otros más lejanos le indicó que la batalla de los desintegradores había comenzado. Cautelosamente, rodeó el vehículo y por fin tuvo ante su vista al enemigo.

Como habrían hecho los terrestres, estos robots no se cuidaban de protegerse, inmunes como eran a los desintegradores, y disparaban sin cesar sus propias armas. Aunque no podía comprobarlo, Hans supuso que sus sistemas de detección funcionaban correctamente y sus disparos buscarían el blanco. Rogó porque el daña do blindaje resistiera.

El suelo polvoriento pero llano no ofrecía el menor escondite, así que Hans, jugándose la vida, continuó su avance alejándose perpendicularmente de giroscop y robots, para poder atacar por la espalda, pero corriendo el terrible riesgo de ser descubierto por éstos, si disponían de algún sistema de detección integral aún desconocido en la Tierra.

Los robots seguían disparando al frente.

A una distancia de una docena de metros del más próximo, Hans lanzó su primer rac-rac. Estaba bien entrenado para hacerlo, el pequeño óvalo dio exactamente en la «sien» izquierda del robot, el lugar más próximo del «cerebro».

El resultado de la explosión fue mucho más espectacular de lo

que Hans podía esperar. El robot que recibió el impacto directo se desintegró en un par de segundos, pero no acabó ahí el efecto porque sus cinco compañeros, fuera por un fenómeno de «simpatía» o porque sus circuitos se vieran afectados por la explosión, comenzaron a demostrar lo que en la Tierra llamaban «comportamiento paradojal de los robots», y que consistía en actuar de forma diferente y a veces antagónica a la programación recibida.

En este caso, uno inició un lento retroceso marchando hacia atrás, en tanto los otros cuatro apuntaron sus desintegradores hacia cualquier parte, incluso atacándose los unos a los otros. Para evitar ser alcanzado por esos rayos que serpenteaban a su alrededor, Hans arrojó otro de sus preciosos rac-rac al centro del corro que formaban los cuatro que aún seguían allí. El efecto fue definitivo. Dos fueron desintegrados y los otros dos a medías, pero de todos modos quedaron totalmente inutilizados.

Hans corrió hacia el giroscop, olvidándose del restante robot, que seguía retrocediendo de espaldas, y a mitad de camino se reunió con su tripulación que había abandonado el vehículo ante el final victorioso de la corta lucha. No habían tenido bajas y todos estaban muy animados.

—¡Buena caza, jefe!—saludó Gordon.

—¿Qué sacas en conclusión de lo que has visto? —le preguntó su jefe, después de haber dado orden de marchar en dirección que seguía el robot «vivo».

—¿Qué conclusión saco de tu valor?

—Déjate de bromas. Sabes que me refiero a los robots.

Gordon hizo un gesto amplio con la mano que le dejaba libre del desintegrador.

—Supongo que la misma que has sacado tú —dijo—. Son mucho más simples que los U Diecisiete nuestros. Diría que similares a los U Catorce o, incluso, a los U Trece.

Hans asintió con la cabeza. Curiosamente, parecía preocupado.

—¿Crees que ese borracho —dijo Gordon, señalando al robot que seguía marchando ante ellos, siempre de espaldas y con su desintegrador apuntando al suelo— nos llevará hasta su base?

—¿Eh? —preguntó Hans, arrancado de sus pensamientos por la pregunta.

Su Segundo la repitió.

—Sí, eso creo —dijo el otro.

Gordon le echó una mirada de reojo y siguió caminando junto a él en silencio. Ahora se había colgado el desintegrador a la espalda y en la mano tenía un rac- rac por si al «borracho» se le ocurría disparar.

Caminaron un par de kilómetros, la temperatura era calurosa y el ambiente de gran sequedad. Los hombres daban muestras de cansancio y tenían sus gargantas resecas.

—¿Hacemos un alto para descansar? —preguntó Gordon a su silencioso jefe.

—No —fue la lacónica respuesta de éste.

De pronto el robot pareció tropezar —no había desniveles ni piedras en el suelo— y cayó de espaldas, quedando con el cañón del desintegrador apuntando al firmamento.

—A ése se le acabó la cuerda —bromeó Gordon, pero de inmediato serio preguntó a Hans—: ¿Y ahora qué dirección seguimos?

—La misma. El robot marchaba en línea recta.

—Pero nada nos asegura que fuera a su base.

—Y nada nos asegura que no fuera.

Gordon movió varias veces la cabeza, convencido que su amigo no tenía ganas de hablar.

Con creciente fatiga y una sed que se hacía insoportable, caminaron otros dos kilómetros en medio de la soledad más absoluta. En la mente de todos estaba la misma pregunta: ¿Cómo podremos regresar hasta la nave, distante miles de kilómetros, si el giroscop y todos sus instrumentos están inutilizados?

Pero seguían marchando.

Y por fin el sacrificio dio sus frutos. Ante ellos apareció una barrera formada por haces entrelazados de rayos.

—Bien, aquí estamos —dijo Gordon—. Y ahora ¿qué?

—Ahora —respondió Hans— a encontrar la forma de pasar la barrera.

—Sin giroscop blindado no parece fácil la tarea.

—No hemos llegado hasta aquí para darnos por vencidos.

—Bien dicho, jefe.

Con gesto que significaba que no tenía remedio, Hans festejó el chiste de su Segundo. Después, de nuevo serio, dijo:

—Que los hombres descansen, pero que se mantengan alertas; puede haber trampas.

—¿Y tú?

—Recorreré el perímetro. Tengo que encontrar un punto vulnerable;

—Cuídate también tú de las trampas.

—Lo haré, pierde cuidado.

Se separaron y Hans marchó hacia su izquierda, en busca del final de la barrera. Estaba intranquilo. Y no porque las cosas marcharan mal, sino precisamente por todo lo contrario. Marchaban demasiado bien para su gusto. ¿Por qué no los habían atacado los que estaban tras la cobertura defensiva? ¿Por qué no los atacaban?

Y también ¿*quienes* estaban tras la barrera?

Llegó a la esquina, tras recorrer unos quinientos metros, y dobló, siguiendo la línea de rayos. No había fisuras entre ellos ni zonas muertas. La entrada no sería fácil.

Había recorrido unos cuatrocientos metros cuando algo en el suelo le llamó la atención. Barrido el polvo superficial por el viento que poco antes comenzara a soplar, había aparecido en la superficie una losa cuadrada de unos veinticinco centímetros de lado, según Hans pudo comprobar tras apartar el polvo con sus manos. Intentó levantarla o desplazarla, pero le fue imposible moverla.

No tenía la menor idea sobre lo que esa losa significaba y lo que podría hacer bajo ella, pero era una no vedad, algo que alteraba la simetría invulnerable de la cobertura, y podía ser útil para sus fines.

Alejándose una quincena de metros, tomó puntería y arrojó un rae-rae sobre la losa. Como ocurriera con los robots, el resultado superó ampliamente sus más optimistas previsiones.

Después de la explosión hubo un par de segundos en que no ocurrió nada, y Hans empezaba a maldecir, cuando todo un sector de «muro» de unos cuatro metros de largo desapareció completamente, dejando una abertura por la que podía pasar hasta un giroscop.

Mientras corría en busca de sus hombres, el Primero concluyó que la losa ocultaba una subestación energética para la alimentación de la cortina de rayos.

Con renovadas esperanzas, los hombres atravesaron a la carrera el paso y se encontraron en una especie de inmenso patio descubierto, con piso de un material compacto y sin fisuras.

Pero no se veía ninguna construcción.

Todos, tras el entusiasmo inicial, se detuvieron, agrupándose, a una decena de metros de la barrera. Gordon miró interrogante a Hans.

—Hay una sola explicación —respondió éste a la muda pregunta —. Construcciones subterráneas.

—Pero aquí no se ve entrada alguna.

—Porque estará disimulada en este piso que parece de una sola pieza. Ya la encontraremos.

Y, en efecto, no tardaron mucho en encontrarla. Estaba próxima al borde más alejado del «patio» y no muy disimulada. Era un trozo de piso del mismo color y material, pero una observación detenida descubría con facilidad los bordes de unión.

—Ahora, a encontrar la forma de abrirla —dijo1 Gordon.

Cuatro hombres, valiéndose de sus cuchillos a modo de palanca, intentaron levantar la trampa, pero fue J imposible.

—Habrá algún mecanismo en alguna parte —dijo Hans—, pero puede llevarnos horas encontrarlo. Probad con los desintegradores.

Fue inútil. Los rayos no penetraban el material de que estaba hecha la trampa.

—Sólo nos quedan las rac-rac —decidió Hans, haciendo una señal a Gordon.

Todos se alejaron a prudencial distancia. El Segundo arrojó un explosivo al centro mismo de la trampa.

Cuando se disolvió el polvo pudieron ver resquebrajaduras en ella, pero no suficientes para destrozarla valiéndose de las manos.

—Otro —ordenó Hans.

El segundo explosivo sí logró destruir el sólido material. El camino estaba expedito.

Después de quitar trozos que impedían el paso, todos descendieron, por una escalera de algo que parecía cemento, a un túnel perfectamente iluminado.

—Avanzad con precaución —dijo Hans a los qué iban en cabeza.

Y no había acabado de decirlo cuando se produjo la catástrofe.

De las dos paredes laterales salieron rápidas y delgadas lenguas de fuego que desintegraron a los cuatro primeros hombres.

—¡Alto! —ordenó Hans, agregando—: ¡Al suelo!

Arrastrándose, llegó junto a una de las paredes y la estudió

detenidamente. Poco después dijo:

—Las bocas de fuego están a la altura del pecho de un hombre. Nada nos pasará si continuamos el avance arrastrándonos. Pero ahora yo encabezaré la marcha.

—No, Hans, déjame que sea yo quien marche en cabeza —pidió Gordon, desde su posición.

Pero el Primero estaba decidido.

—Yo iré en cabeza, tú cerrarás la marcha y tomarás el mando si algo me pasa.

Los ocho supervivientes avanzaron arrastrándose tras Hans y precediendo a Gordon.

El túnel desembocó en una amplísima estancia, de no menos de treinta metros de largo por quince de ancho. Había en ella una serie de grandes y complejas maquinarias. Y ningún ser vivo.

Tras estudiar detenidamente paredes y maquinarias, Hans se incorporó.

—Creo que no hay peligro —dijo, y todos le imitaron.

—¿Qué crees que es todo esto? —preguntó Gordon a Hans.

—O mucho me equivoco, o ésta es la «factoría» donde se producen los meteoritos que nos atacan.

—¿Pero quién hace funcionar todo esto?

Hans señaló la máquina más próxima, que estaba funcionando normalmente

—Ya lo ves, todo automatizado. Y es de suponer que los únicos seres «vivos» eran esos seis robots que salieron a recibirnos.

Recorrieron la sala y Otras vecinas. En un momento dado, Gordon llamó excitadamente a Hans.

—Mira.

Los dos se asomaron a un gran abismo, en cuyo fondo una excavadora-robot extraía grandes bloques de un material rocoso y lo llevaba hasta una cinta transportadora que, a su vez, lo entregaba a la boca de una de las grandes máquinas.

—Así se proveen de materia prima para sus malditos meteoritos —gruñó Hans.

—¿Pero quién es el cerebro de todo esto? ¿Y dónde] está?

—No te lo puedo decir en este momento, pero lo sabré antes de que salgamos de aquí. Por lo pronto puedo decirte que toda esta maquinaria es muy similar a la que se fabrica en la Tierra para los

mismos fines

—Sí, ya lo había notado.

Siguieron la recorrida. Encontraron almacenes llenos de material que no supieron reconocer, y otros con material energético atómico, del que se utilizaba en la Tierra cien años antes.

—Sean quienes sean los que dirigen esto, están más atrasados que nosotros —comentó Gordon.

—Sí… —asintió Hans, pero era visible que su mente estaba en otra cosa.

Dedicaba especial atención a las bases de las maquinarias, miraba su parte interior, buscaba posibles escondites.

—¿Qué buscas? —preguntó Gordon, pero sin obtener respuesta.

Y, sin embargo, un minuto más tarde fue el mismo Hans quien lo llamó a gritos.

—¡Mira, Gordon, mira!

Y señalaba una placa de hierro pequeña adosada al pie de una máquina. Allí podía leerse: «Fabricado por Wellington y Nekchacov - Francfort - 2232».

Los dos amigos se miraron, Gordon con sorpresa en sus ojos, Hans con satisfacción.

—¡Lo sabía, creo que siempre lo supe —se exaltó el Primero—, esto está dirigido desde la Tierra por un ser humano!

El segundo iba a contestar, pero un hombre irrumpió corriendo.

—¡Señor! —gritó a Hans—. ¡Hemos descubierto un dispositivo! ¡Todo esto va a volar en un minuto!

CAPITULO VII

—¡ A la salida! —ordenó Hans, y todos corrieron desesperadamente.

A Gordon se le ocurrió pensar que no sería justo morir por un estúpido mecanismo de relojería, después de haber sobrevivido a tantos peligros mayores, pero así estaban las cosas.

Al pasar por la sala principal, el hombre que alertara al Primero le señaló algo en la pared. Era un antiguo modelo terrestre de reloj atómico de una sola aguja. Aunque los que corrían no se detuvieron para verlo, a la aguja le faltaban diecinueve segundos para llegar al cero.

Y aún tenían que recorrer toda la extensión del túnel y subir la escalera.

Cinco segundos para llegar al inicio del túnel…

La luz que se veía al final de él parecía estar a kilómetros de distancia. Los hombres corrían a todo lo que daban sus piernas, pero sin empujarse ni molestarse los unos a los otros. Ahora se había invertido el orden de entrada, Gordon encabezaba la marcha y Hans la cerraba.

Cinco segundos más y la escalera aún estaba muy lejos.

Uno, dos, tres, cuatro segundos.

Gordon pisó el primer escalón y empezó a subir.

Cinco, seis…

Hans alcanzó el arranque de la escalera.

Siete…

Hans, con la cabeza a nivel del piso del «patio», gritó a sus hombres:

—¡No se detengan hasta sobrepasar la barrera!

Ocho…

Los últimos hombres, con Hans pegado a sus talones, atravesaron el hueco entre la barrera de rayos.

Nueve…

Algo como un trueno conmovió las entrañas del planeta. De inmediato, mientras los humanos, que no habían dejado de correr, intentaban mantener el equilibrio sobre un suelo de repente encabritado como un animal furioso, se abrió una hendidura en el centro del «patio» que fue aumentando rapidísimamente de tamaño hasta convertirse en un ancho cráter por el que el subsuelo vomitó inmensos trozos de maquinaria hasta una altura de medio centenar de metros.

Los hombres cayeron unos sobre otros, rodando sobre sí mismos para evitar ser alcanzados por las moles de hierro y concreto que caían por todos lados. Algo que parecía una caldera intacta cayó sobre tres hombres; cuando todo volvió a la normalidad, los sobrevivientes intentaron mover la caldera, sin conseguir desplazarla ni un milímetro. Tuvieron que abandonar la tarea.

Exhaustos, a una señal de Hans todos se dejaron caer sobre el polvoriento suelo. Tras recuperar el aliento, Gordon murmuró al oído de su jefe:

—Y ahora ¿qué?

Hans no respondió. Nada podía decir. Habían salvado sus vidas de la explosión pero ahora se enfrentaban a una muerte segura, aunque más lenta.

No tenían comida ni bebida, y estaban a miles de kilómetros de la nave. Aunque nadie lo confesaba en voz alta, casi todos tenían la misma idea en la mente: «Mejor habría sido morir allí abajo. En una fracción de segundo; sin tiempo para sufrir».

Casi media hora de silencio absoluto, hasta que volvió a hablar Gordon.

—¿Qué piensas hacer?

Ahora sí respondió Hans.

—Nada. Nos quedaremos aquí.

—Pero…

—La única posibilidad de salvar nuestras vidas está aquí.

Por fin, Gordon comprendió. La explosión había sido lo suficientemente fuerte para ser detectada por los instrumentos de la nave. Ahora todo dependía de la perspicacia de los hombres que habían quedado en ella.

* * *

Exactamente dieciocho segundos más duró la angustia; al cabo de ellos un conocido zumbido hizo que los sedientos y desesperados hombres primero se miraran incrédulos y de inmediato se incorporaran de un salto y agitaran sus brazos hacia lo alto, abrazándose y gritando como niños.

Una hora más tarde, calmada la sed y bien alimentados todos, y con la nave en tranquilo vuelo hacia la Tierra, Gordon dejó por un momento de vigilar los controles automáticos y preguntó a Hans:

—¿Quieres hablar?

El interrogado, hundido en su asiento, lo miró interrogante.

—De lo que hemos visto, quiero decir —aclaró el Segundo.

Hans hizo un gesto de impotencia.

—Tú sabes tanto como yo —dijo.

—De acuerdo, pero me gustaría saber lo que tú *piensas*.

—Primero, los hechos. Sin la menor duda, hemos encontrado el centro de operaciones de nuestros enemigos. Allí se fabricaban los «meteoritos incandescentes», indudablemente trozos más o menos grandes de las entrañas de Celestia, a las que se agregaba carga nuclear y, de alguna manera, se lograba teledirigirlas. Seis robots se encargaban de controlar las tareas, totalmente manejadas por computación. Bien, todo esto son hechos, y la factoría ya no existe, pero lo que nos interesa saber es quién o quiénes, desde la Tierra, organizaron todo eso y lo manejaban y hasta decidieron el momento preciso de su destrucción.

—¿No tienes duda que se trata de terráqueos?

Hans lo miró sorprendido.

—¿Cómo había de tenerla? —se impacientó—. ¿No has visto tú, igual que yo, la placa con el nombre de los fabricantes de una de las máquinas?

—Sí.

—Bien, entonces, sólo nos queda averiguar quiénes son esos terráqueos que se dedican a matar a sus congéneres.

—Y por qué lo hacen.

Hans negó con la cabeza.

—Eso es fácil de suponer.

Gordon lo interrogó con la mirada.

—Poder —explicó el Primero—. Ansias de dominar la Tierra. Cosas así pasaban muy a menudo en la Prehistoria. Cada cien años, más o menos, aparecía un loco que quería ser el amo del mundo. No lo lograba, claro, pero en el intento hacía que murieran millones.

—Pero eso no ha ocurrido nunca en la Historia.

—Que no haya ocurrido, no quiere decir que no pueda ocurrir.

—¿Qué harás cuando lleguemos?

—Cumplir con mi obligación. Informar a Mollington de todo lo ocurrido. Aunque ya conoce los detalles básicos, que le he transmitido no bien llegar a la nave.

* * *

—¡Mira, Hans, aquello es la Tierra!

Hans se alzó a medias en su asiento y miró en la dirección que Gordon le señalaba. En efecto, entre una masa de nubes, el planeta lucía brillante, iluminado por el sol.

—En doce minutos estaremos en la base, donde supongo que nos recibirán como héroes por haber salvado a la humanidad de la destrucción.

El Primero sonrió ante el desborde de entusiasmo de Gordon.

—¿De veras crees que la humanidad está salvada? —le preguntó.

El otro lo miró con gesto de desconsuelo.

—¿Acaso no lo crees tú también? —protestó—. Hemos destruido la factoría de los meteoritos...

—Sí, pero no hemos destruido el cerebro que la hacía funcionar. Ignoramos si no posee otras factorías. Ignoramos cual es su grado de poder real. Ignoramos hasta su identidad...

—Listos para aterrizar, señor.

—Bien, Dirige tú, Gordon.

—Es la única manera de asegurarnos un aterrizaje feliz.

En las pantallas se veía claramente el espacio, poco más grande que la nave misma, brillantemente iluminado y en el que debía posarse. Reduciendo constantemente velocidad, el aparato se situó unos miles de metros por encima del círculo de luz, y comenzó a descender verticalmente hacia él.

Tanto Hans como Gordon habían realizado esa maniobra miles de veces y podían hacerla, no sólo con los ojos cerrados, ya que no necesitaban los ojos, sino también dormidos.

Mil quinientos metros, mil, quinientos, doscientos, cincuenta...

El aparato ya se posaba sobre tierra, cuando en imprevisible acción, Hans cogió el elevador manual y tiró de él con todas sus fuerzas.

Logró elevar la proa, donde él y Gordon se hallaban, pero la cola entró en contacto con la tierra.

La explosión fue tremenda. Hans sólo tuvo una remota idea de que un rayo había estallado en su cabeza.

Y nada más.

* * *

Una cara desconocida de mujer.

—Ya ha vuelto en sí.

Las caras conocidas de Mary Ann Withfields, Presidenta del Grupo Operativo del Consejo Interplanetario, y de Mollington, Jefe máximo del Centro Interplanetario de Paz.

—¿Cómo se siente, Richter?

—Bien... ¿Estoy...? —todo volvió a su memoria—. ¿Los otros? ¿La tripulación?

Se fruncieron los ceños y hubo un segundo de silencio, que rompió Mollington.

—O'Reilly está vivo. El resto ha muerto.

Hans cerró sus ojos y los otros respetaron Su dolor durante un par de largos minutos, después habló la Presidenta.

—Lo siento, Richter, pero el tiempo apremia. Por sus informes sabemos que el cerebro de esta destrucción es un cerebro humano y que está aquí, en la tierra. Y por lo que le ha ocurrido a usted mismo al aterrizar, sabemos que mantiene su poder o, cuando menos, buena parte de él. Tenemos que actuar de inmediato. Por eso lo hemos traído directamente del lugar del accidente aquí, al servicio de emergencia del Grupo Operativo. Todos los miembros están esperándole. Cuando se sienta con fuerzas...

Media hora más tarde, con rastros de heridas cerradas con PLastix

en su cara, Hans entró en el salón de reuniones del Grupo Operativo. La Presidenta había dicho que *todos* los miembros estaban esperándole, pero no era exacto. Tatiana Varashilova no estaba.

—Todos estamos al tanto de lo ocurrido en Celestia y del atentado contra la nave al aterrizar —sintetizó la Withfields—, así que partiremos de ese punto, para ganar tiempo, excepto que el Primero Richter quiera agregar algo.

Hans negó con la cabeza.

—En ese caso —continuó la Presidenta—, seguiremos adelante. Creo que el Jefe Mollington tiene algo que informar.

—Sí —afirmó el aludido—. Desde que recibí la primera información de lo ocurrido en Celestia y de la certeza de que, tanto maquinaria como robots, eran humanos, movilicé la totalidad de mis fuerzas en busca de la central energética que comanda, o comandaba, esa actividad planetaria. Por supuesto, tiene que tratarse de una central de gran poder, relativamente fácil de detectar, a pesar de las previsibles coberturas, así que a encontrarla concentré mis esfuerzos. Y algo he logrado.

Todos le miraron con renovado interés.

—Nada definitivo —dijo, como para frenar expectativas—, pero sí algo que investigar. En Kazan, a orillas del río Volga, se ha logrado detectar un nivel energético superior al que debería ser normal, dado el consumo que allí existe.

—¡Lo sabia!

Todos se volvieron sorprendidos hacia la voz.

—Lo sabía —repitió la Presidenta Witkfields, con aire convencido —. Kazan está en el territorio de Varashilova. Nunca confié en ella.

—Señora —intervino Mollington con su flema habitual—, no sabemos si en verdad se trata del centro energético que ha comandado la actividad en Celestia. Y aún cuando así fuera, eso de ninguna manera señala como culpable a la miembro del Grupo Varashilova.

—Yo no creo en la culpabilidad de Varashilova —intervino Vanloohan, ganándose una furibunda mirada de la Presidenta.

—¿No le parece una sospechosa coincidencia que no esté hoy aquí, con la poco creíble excusa de un pretendido accidente? —preguntó retóricamente la Withfields.

Con un gesto, Vanloohan se excusó de contestar.

—Espero órdenes del Grupo —recordó discretamente Mollington, tan harto de los exabruptos de la Presidenta como lo estaba Hans.

Como Vanloohan, el muchacho no creía en absoluto en la culpabilidad de la Varashilova.

Pero la Presidenta no estaba dispuesta a dejar que se desviara la cuestión que era para ella más importante.

—Recuerdo a todos —dijo—, que, de no ser la Varashilova, el culpable tiene que estar en esta sala.

Lun-Yi-Chan y Vanloohan empezaron a protestar, pero la Withfields cortó sus protestas con un gesto imperioso de su mano.

—La cosa está bien clara —dijo—. Sólo Mollington y nosotros (incluida la Varashilova) sabíamos la hora y el lugar exactos del aterrizaje del Primero Richter. Y lo supimos con tiempo suficiente para preparar la trampa explosiva.

Un silencio denso siguió a éstas palabras. La mujer podía ser desagradable con su inquina por la Varashilova, pero lo que acababa de decir era una verdad indiscutible.

—Espero que la investigación en Kazan arroje alguna luz sobre el verdadero culpable —dijo Mollington por fin.

—¿Tiene algún plan preparado, jefe? —quiso saber Julia Hernández Pizarra.

Mollington abrió sus manos en gesto de ambigüedad.

—No puede llamarse plan -dijo—. Sólo he pensado que una acción masiva alertaría al enemigo, por lo que sugiero una acción discreta. Un reducido grupo de hombres...

—Solicito se me conceda el mando de ese grupo de hombres.

Todas las cabezas asintieron al pedido de Hans.

* * *

—Eso quiere decir que no podremos estar ni una hora juntos...

—Eso quiere decir que tendrás que esperar a mi regreso para hacer el amor.

—Si no lo hago con otro.

Hans mostró sus dientes convertidos en fieros colmillos a la siempre sonriente Denise. Estaban en el pequeño bar del campo de despegue secreto del CIP, al que la chica tenía acceso por su

condición de secretaria de Mollington.

—¿Cuándo llegarás a Kazan? —quiso saber ella.

—Dentro de una hora y media, calculando que salgamos en cuarenta minutos, si Gordon no se retrasa.

El Segundo había salido sin más que una ligera conmoción del atentado.

Denise tuvo uno de sus raros momentos de seriedad.

—Hans, temo por ti —murmuró—. Si el asesino es realmente uno de los que te ha enviado, sabe perfectamente que tú estarás en Kazan a las… —consultó su reloj— cuatro y quince y que entrarás en la central a las… ¿A qué hora?

Hans le guiñó un ojo.

—Ahí está la trampa —dijo en tono apenas audible—, Les he dicho que entraría en la central a las seis, pero lo haré una hora antes. No me estarán esperando.

—Aún así… —no se convenció Denise.

Gordon apareció en la puerta que comunicaba el bar con los hangares subterráneos.

—¡Listos para inspección final! —gritó.

Hans estrechó entre sus brazos a la chica.

—Esta noche estaremos juntos —susurró en sus oídos—, Y verás que bien lo pasaremos.

—Ya lo creo que lo pasaremos bien —hizo eco ella.

CAPITULO VIII

Llegaron a Kazan a la hora señalada. Iban solamente Hans, Gordon y un ayudante. Utilizaban una nave pequeña, pero muy veloz y fácilmente manejable. Se les había indicado con precisión el lugar del aterrizaje y pudieron tomar tierra sin ser vistos gracias a la total soledad del sitio elegido, ni detectados porque la nave estaba provista de cobertura especial.

Las radiaciones misteriosas partían de un bosque cercano a la ciudad, y hacia él encaminaron sus pasos los tres hombres. Iban armados con desintegradoras y rac- rac, además de una pequeña célula nuclear ultra potenciada, que llevaba Hans en uno de sus bolsillos y que era capaz, por sí sola, de desintegrar totalmente la mayor fuente energética que pudiera existir.

Pronto se introdujeron en el bosque; estaban vestidos con ropas normales de paisanos y nadie reparó en ellos.

Gordon consultó su reloj.

—Las cuatro menos diez —dijo—. Nos sobra tiempo.

—No nos sobra nada —dijo Hans, y los otros dos le miraron sorprendidos.

—Según la información, estamos a menos de cinco minutos de la central —protestó Gordon—. Y aún falta más de una hora.

—Atacaremos a las cuatro en punto.

Gordon hizo un gesto de protesta.

—Nos has dicho que las órdenes son atacar a las cinco —dijo.

—Sí —explicó Hans—, pero entre quienes me dieron las órdenes está nuestro enemigo.

—¿Qué dices?

—Sólo los miembros del Grupo Operativo y Mollington sabían la hora y lugar exactos de nuestro aterrizaje. Uno o más de ellos es el o los culpables.

—Pero eso es terrible —se impresionó Gordon—. Ellos tienen el poder, ¿cómo podríamos nosotros enfrentarnos a toda su fuerza?

—No sé *cómo* podríamos enfrentarnos —sonrió Hans—, pero sí sé que ya empezamos a enfrentarnos. En marcha, no nos queda mucho tiempo.

Tenían detectores portátiles, pero no necesitaron de ellos. Exactamente en el lugar indicado por los informes que llegaran a manos de Mollington, y sin ningún tipo de ocultamiento especial, a excepción del tupido bosque en que se hallaba, encontraron la central, sólo protegida por el convencional «muro» de rayos.

—¿Qué hora es? —preguntó Hans.

—Tres minutos para las cuatro —informó Gordon, tras consultar su reloj.

—El tiempo justo para abrirnos camino a través de la cobertura.

Buscó rápidamente en el suelo despejado de maleza que bordeaba la barrera hasta encontrar una caja hermética e inviolable de generación beta o gamma, lo mismo daba.

Con paso ligero volvió junto a sus compañeros, que le esperaban una docena de metros más lejos, protegidos por la primera línea de árboles.

—Si las cosas son como yo creo, nuestro enemigo nos espera dentro de una hora, así que nada nos perjudicará hacer un poco de fuegos artificiales. Lanzaré un rac-rac a una caja de generación y, si doy en el blanco, tendremos el paso franco. Una vez dentro, volaré la central con la célula y vosotros me cubriréis, aunque no espero encontrar enemigos. Saldremos por donde entramos y en cinco minutos levantaremos vuelo regreso a casa. ¿Entendido?

—Nos lo pones muy fácil —sonrió Gordon—. No hay mucho que entender.

—Entonces... ¡Preparados! —extrajo un rac-rac—. ¿Qué hora es?

—Veinte segundos para las cuatro.

—La hora exacta —activó el explosivo, que comenzó a emitir su sonido característico.

Con la precisión que era habitual en él, lo lanzó exactamente sobre la caja que no tenía más de treinta o cuarenta centímetros de diámetro. Como ocurriera en Celestia, un «orificio» de un par de metros de anchura se abrió en el «muro» de rayos.

—¡Adelante! —ordenó Hans, y dio el ejemplo lanzándose a la carrera hacia el paso. Los otros le siguieron pisándole los talones.

Tras la barrera, la oscuridad era total. Hans hizo señas a los otros

para que se detuvieran.

—Mejor… —empezó a decir, pero tuvo que interrumpirse abruptamente.

El lugar donde estaban, una especie de inmensa galería cubierta, se había llenado de luz y rayos desintegradores les llegaban desde todas partes.

Los tres retrocedieron instintivamente hacia el orificio de la cobertura.

Pero Gordon no pudo llegar a él. Fue desintegrado ante los horrorizados ojos de Hans, que sólo atinó a lanzar un par de rac-rac hacia los rayos.

Eso, o la suerte, le permitieron llegar hasta el paso y perderse en las sombras. Esperó un par de minutos, pero el ayudante no apareció. Había corrido la misma horrible suerte del Segundo.

Nada podía hacer ya allí porque la célula no era un arma arrojadiza, había que adherirla a la pared de lo que quería destruir. De todos modos, destruir esa central era una victoria menor. Lo importante era destruir el cerebro que la hacía funcionar.

Y ahora él sabía quién era ese cerebro. Desde mucho antes había tenido sospechas, pero ahora sabía.

Corrió al vehículo. La oscuridad era ahora total dentro del bosque pero, sin embargo, su entrenadísima vista le dijo que no estaba solo en él. Se detuvo, se ocultó tras un grueso tronco, y aguzó el oído.

No tardó en percibir el rumor de pasos que se deslizaban sobre la hierba intentando no hacer ruido. Para sí mismo, profirió una maldición. No tanto contra los enemigos como contra sí mismo. Estaba rodeado. Y se culpó por no haber imaginado que los que sabían que él atacaría una hora antes de lo acordado, ordenarían cortar la retirada hacia el vehículo, por si lograban salir con vida de la encerrona.

Y ahora más que nunca tenía que salir con vida.

Para vengar a Gordon, para vengar a todos los muertos, y para evitar que un loco melómano que soñaba con dominar la Tierra se saliera con la suya.

En absoluto silencio, se dejó caer sobre la hierba húmeda y comenzó a arrastrarse hacia la nave. Su mayor temor era que la hubieran inutilizado o, incluso trasladado a otro lugar, aunque esto era menos posible.

Mientras avanzaba centímetro a centímetro, pensó con ironía que tenía desintegrador, varias rac-rac y hasta una célula, pero que mucho más útil que todo ese formidable arsenal le habría resultado el simple cuchillo que esta vez no se le había ocurrido incorporar a su equipo.

A izquierda y derecha podía oírse pasos y hasta murmullos contenidos, pero no vio a nadie y nadie le vio a él. Por fin, tras minutos que le parecieron días, alcanzó a divisar el vehículo. No lo habían desplazado y parecía intacto, pero hombres armados con desintegradores se paseaban lentamente frente a él.

Que los tres vistieran el uniforme del CIP, no le sorprendió en lo más mínimo. Por el contrario, le valió para esfumar las últimas dudas.

A saber lo que les habían contado a esos pobres tipos para que estuvieran allí, dispuestos a desintegrarlo como si de la peor alimaña se tratara. Pensó en Gordon.

Naturalmente, el vehículo estaba en un claro. Y los guardianes habían tenido la precaución de encender todas las luces de la pequeña nave, por lo que disponían de un amplio círculo brillantemente iluminado y sin árboles ni vegetación para ocultarse.

Pero los tres centinelas, únicos a la vista, estaban del mismo lado del vehículo y no se veía ninguno al otro lado.

Manteniéndose bajo la protección de los árboles y la oscuridad, bordeó el círculo de luz y llegó sin ser visto ni oído al lado opuesto del vehículo, Como había imaginado, no había allí guardianes.

Pero había un problema insalvable: la única puerta de la nave estaba del lado de los guardianes.

Bien, decidió Hans tras brevísima reflexión, se trataba no de su propia vida contra la de los tres guardianes, sino la de los tres guardianes contra el futuro en paz y libertad de toda la humanidad. No había duda posible.

Confiándose en que no le esperaban por ese lado, se alzó y, en cuclillas pero a buen paso, cubrió la distancia que lo separaba de la nave, a la que llegó sin ser visto. Ahora su supervivencia dependía solamente de su velocidad..., y de su buena suerte.

El problema no eran tanto los tres guardianes, que serían desintegrados sin remisión, sino los que patrullaban el bosque. Así que decidió actuar en los dos campos.

Rodeó el pequeño vehículo aéreo y, cuando los guardianes empezaban a volverse hacia él, los desintegró con el mismo rayo.

Corrió hacia la puerta, la abrió y, antes de entrar, arrojó dos rae-rae hacia ambos extremos del bosque, mientras barría la parte central con el desintegrador.

De inmediato entró, cerró herméticamente la puerta tras de sí, y se sentó ante los mandos, poniendo en marcha los motores.

Si el blindaje resistía…

O el blindaje resistió, o no hubo disparos, porque medio minuto después se elevaba verticalmente por encima de los árboles y de la central energética que no había podido destruir.

«Pero sí podré destruir el cerebro, que puso en marcha todo el horror», se dijo para sí, mientras maniobraba los mandos poniendo proa al campo de aterrizaje de emergencia del CIP.

* * *

Poco más tarde, las luces, perfectamente disimuladas como de iluminación de carretera, del campo de emergencia, aparecieron ante su vista. Inició las maniobras de descenso.

Y las interrumpió de improviso. Había pensado, cuando estaba dominado por el irracional odio provocado por la muerte —el asesinato— de Gordon O'Reilly, en un enfrentamiento directo. Algo limpio, cara a cara. Pero ahora, más tranquilo, más frío, comprendía que eso era una locura. Peor aún: un suicidio.

No, tendría que emplear el disimulo, el ocultamiento, el ataque por sorpresa y sin aviso previo. Tenía que emplear los mismos sucios medios que empleaba el adversario.

El pequeño vehículo podía posarse en cualquier parte. Eligió un pequeño prado junto al Sena y muy próximo a París, situado junto a una autopista.

Dejó la nave sin ser visto por nadie y accedió a la autopista. En ella un conductor amable accedió a llevarlo hasta la ciudad.

En una avenida principal cogió un transportador y dio al conductor la dirección de Denise.

CAPITULO IX

—¡Hans!

La sorpresa que estratificó por unos segundos la asombrada expresión de Denise, dio paso luego a la alegría.

—Querido... Estaba tan preocupada... ¿Todo ha salido bien?

El estaba exhausto y, apenas correspondiendo con un fugaz beso a las expresiones de la chica, se dejó caer sobre un confortable reparador que ocupaba en ángulo de la pequeña pero muy bien decorada sala.

Ella, cubierto su cuerpo por un deshabillé, se inclinó sobre él.

—¿Vas... Vas a quedarte aquí esta noche?

El negó con la cabeza y ella frunció el ceño.

—¿Todo ha salido bien? —repitió.

Hans volvió a negar.

—No, no ha salido bien —la miró tenso—. Denise, haz memoria, ¿dijiste a alguien que yo adelantaría una hora la operación?

El ceño de ella se frunció aún más, pero sólo por unos segundos, después se aflojó la presión.

—Sí —dijo—. Ahora lo recuerdo... —lo miró aterrada—. Hans, no creerás...

—¿A quién se lo dijiste?

—Bueno, el señor Mollington dijo que me veía muy preocupada y que no debía estarlo porque, en unas cuatro horas, tú estarías de regreso. Yo le dije que te esperaba antes porque adelantarías en una hora el ataque, pero eso...

—Lo sabía —dijo Hans incorporándose y con voz que casi era triste—. Creo que lo he sabido desde el principio, pero me negaba a creerlo.

Denise le miró horrorizada.

—Hans —preguntó—, ¿qué estás queriendo decir?

—Lo que tú ya has adivinado. Que Mollington es el autor de todos los crímenes, que es el misterioso Akon.

—Pero eso es horrible... ¿Por qué iba a hacerlo?

—Por ansias de poder, supongo. Para convertirse en el amo de la

Tierra. En la Prehistoria ocurrieron muchas veces cosas como ésa.

—Pero el señor Mollington...

—Deja de decir el «señor» Mollington. Es un maldito asesino al que hay que aplastar como a la peor de las alimañas.

—¿Ya has avisado al Grupo Operativo?

—No, tardarían en creerme, porque no puedo aportar pruebas definitivas. Mollington se enteraría y él es quien tiene el poder.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Tienes idea de dónde esta Mollington ahora?

—En su despacho. Dijo que yo podía irme, pero que él esperaría allí tu regreso —hizo una breve pausa y después—: Hans, ¿eres tú el único que ha regresado?

—Sí. A Gordon lo desintegraron ante mis ojos y el ayudante habrá sufrido igual suerte.

—Qué horror...

—Y hubo muchos otros muertos por culpa de Mollington... Pero yo haré que pague por ellas.

Ahora estaban los dos de pie, frente a frente. Ella le miró a los ojos.

—Hans —murmuró—, ¿y si te equivocas?

—¿Qué quieres decir?

—Si irrumpes en el despacho de Mollington, lo matas y después resulta que no era él el culpable.

El hizo un gesto de rechazo.

—No cabe la menor duda de que él es el culpable —pero de inmediato contemporizó—. De todos modos, no le mataré sin darle tiempo a hablar. El mismo confesará sus crímenes.

—¿Qué piensas hacer? —volvió a preguntar Denise.

—Tú me has dicho que está en su despacho. Eso facilita las cosas. Iré y lo mataré allí mismo.

—No podrás.

El se la quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, como dices, el señor Mollington es el culpable, en cuanto le anuncien tu llegada comprenderá que ha sido descubierto. Y el sigue siendo el Jefe del CIP. Una palabra suya y serás desintegrado.

Hans se vio obligado a tomar en cuenta esas palabras y Denise aprovechó el momento para completar su carga.

—Yo iré contigo.

—No...

—Sí. Tú pasarás escondido en mi transportador. Sabes que no paso por detección, sólo por control visual y de contraseña. Una vez adentro, cogeremos el elevador privado del señor Mollington y llegaremos a su despacho sin que nadie pueda verte.

—Denise, puede ser peligroso y, desde luego, no será agradable.

—¿Ver desintegrarse a un asqueroso asesino que ha matado a Gordon y a centenares, miles, de seres inocentes? No, Hans, te equivocas. Será agradable.

El aún movía la cabeza, dubitativo, pero ella tomó la iniciativa.

—Voy a vestirme —dijo—. En un minuto saldremos.

* * *

El control fue totalmente rutinario.

—¿A estas horas por aquí, señorita Chantelle?

—Sí, Alberto, ya sabe que yo no tengo horario.

—Que pueda volver pronto a dormir.

—Gracias, adiós.

En el garaje subterráneo, junto a la entrada del elevador privado de Mollington, Hans salió de su escondite en el transportador. Aún llevaba los rac-rac y el desintegrador. Los explosivos, no, pero el arma portátil le sería muy útil.

En segundos, llegaron al piso 33 y las puertas automáticas se abrieron a una antecámara que Hans conocía muy bien.

—Espérame aquí —susurró el muchacho.

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo—. Quiero estar presente.

Hans inició un gesto de rechazo, pero cambió de idea.

—De acuerdo —accedió—, tú podrás atestiguar sobre la confesión que espero arrancar a Mollington.

Sin más vacilaciones, se adelantó hasta entrar en el campo fotoeléctrico de la puerta de comunicación, y entró el primero en el despacho, inmediatamente seguido por Denise.

Mollington estaba abstraído contemplando algo en una pequeña pantalla de totalvisión colocada sobre su escritorio y levantó los ojos

sorprendido al oír los pasos.

Pero su sorpresa fue incomparablemente mayor cuando descubrió la identidad de su visitante.

—¡Richter!

—No me esperaba, ¿verdad, Mollington?

El otro estaba desconcertado al punto de no saber qué decir.

—Yo... El contacto... Temía lo peor...

—Y lo peor ocurrió —instintivamente, Hans levantó el desintegrador hacia Mollington al empezar a hablar—. Es decir, lo peor para el pobre Gordon y el ayudante. Para usted, lo mejor.

—No le entiendo... —articuló el Jefe, pero era evidente que sí entendía.

—Yo dije a Denise que atacaría una hora antes de lo ordenado por usted. Era muy probable que ella, que confiaba plenamente en usted, se lo dijese. En una palabra, Mollington, hace ya tiempo que estoy convencido de que usted es el culpable de todos esos horribles crímenes, y le tendí una trampa. Podía salir bien o no, y salió bien. Pero al precio de dos vidas, una de ellas la de mi mejor amigo.

—Richter, usted está loco.

—Esperaba que dijera eso. Pero no soy el loco, sino usted. Y le obligaré a confesar sus crímenes antes de entregarlo para que lo juzguen. Le tendí una trampa y cayó en ella, Mollington.

Y entonces ocurrió algo incomprensible: Mollington soltó una carcajada.

—¿Que yo caí en su trampa? —dijo—. No, Richter, se equivoca. Usted cayó en la mía.

Algo se descargó sobre la nuca de Hans, que comenzó a hundirse en un pozo sin fondo y muy negro.

Pero aún pudo oír las palabras que pronunció Mollington:

—Buen golpe, Denise.

CAPITULO X

Mollington y Denise despojaron el cuerpo inerte de Hans de sus rac-rac y ocultaron el desintegrador que había caído sobre el piso.

—¿Le matarás aquí? —preguntó Denise.

—No. Tendría que dar explicaciones por las quema duras en la alfombra. Y no me gusta dañar los bienes del Estado confiados a mi custodia.

Los dos rieron.

—¿Entonces? —volvió a preguntar ella.

El movió varias veces la cabeza.

—El toque artístico con que un genio como yo debería coronar este trabajo sería hacer comparecer a Richter ante el Grupo Operativo y demostrar que esta loco... —calló, reflexionó un par de segundos y después dijo con gran entusiasmo—: No, no. El auténtico toque genial sería demostrar a los idiotas del Grupo que éste —señaló a Hans con la punta de su zapato— era Akon, el cerebro... —volvió a su tono anterior—. No —dijo—, ni siquiera los idiotas del Grupo se creerían que este mediocre pudo haber concebido una obra tan grandiosa —se volvió a Denise con una sonrisa y una burlona reverencia—. Y ahora, querida, sí que puedo decirte que pongo el mundo a tus pies. Serás la reina, la emperatriz...

—Todo esto está muy bien —cortó ella—, pero antes tenemos que deshacernos de éste. Sabe demasiado y hay que acabar cuanto antes con él.

Mollington volvió a la realidad.

—¿Cuando entrasteis le vio alguien a él? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No. Le metí un cuento y lo traje escondido. Nadie le vio.

Mollington le tiró un beso con la mano.

—Querida, eres genial. Piensas en todo.

—Como que fui yo lasque planeó todo. Sin mí, tú no serías más que un pobre funcionario de segunda categoría, cobrando un sueldo miserable.

—Siempre soñé con ser el amo, el primero, con dominar...

—Soñaste, soñaste —menospreció ella—, eso es lo único que tú sabes hacer: soñar. Pero fui yo la que convirtió tus sueños en realidad.

—Formamos una buena pareja —cortó él, visiblemente molesto —. Y ahora dediquémonos al señor Richter. En el elevador podemos bajarlo hasta el refugio, allí le desintegraremos y nadie se enterará nunca de lo que ocurrió con él.

Arrastraron el cuerpo hasta el elevador y, una vez todos dentro, Mollington, que había cogido algo metálico y rectangular y lo llevaba en su mano derecha, oprimió el último botón.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Denise.

—Una minicélula neutrónica que acaba de sernos provista. Destrucción total en un radio de diez metros sin dejar el menor rastro. El desintegrador dejaría señales en piso y paredes, la minicélula no deja nada —la última palabra le provocó risa—. Nada —repitió.

Las puertas del elevador se abrieron treinta metros por debajo del nivel de la calle. Allí todo era concreto a prueba de ataques nucleares. Arrastraron nuevamente a Hans hasta una especie de celda herméticamente cerrada, totalmente vacía y de unos diez metros de lado, muy iluminada, como todo en esa planta.

—Aquí estará bien —dijo Mollington, soltando la carga.

El último golpe acabó de volver en sí a Hans, que ya al salir del elevador empezó a recuperar la conciencia.

Entreabrió los ojos para hacerse cargo de la situación. Vio a la pareja que se acercaba a la puerta. Mollington llevaba algo que él imaginó sería un explosivo y esto le detuvo en su primer impulso de saltar sobre ellos. El ingenio podía ser de los que reaccionan al choque o la fricción o a lo que fuese y podía acabar con su propia vida.

Y había visto lo suficiente para poder querer seguir viviendo. El mundo tenía que conocer la identidad de quien soñara con dominarlo y matara fríamente a sus congéneres para lograrlo. En cuanto a Denise…

Vio a Mollington que, ya junto a la puerta, colocaba el ingenio sobre el piso, accionaba algo en él, y marchaba a reunirse con Denise que le esperaba en el vano con aire aburrido.

Era ahora o nunca. Mollington se demoraba aún, accionando el

mecanismo de relojería que cerraba automáticamente la puerta, sin que pudiera ser abierta por dentro.

Con un salto de felino, Hans cubrió más de dos metros y cayó sobre él. Sorprendida, Denise se adelantó y comenzó a dar puntapiés a la cabeza del muchacho.

La puerta, muy lentamente, empezó a girar sobre sus goznes…

Con una mano, Hans pudo asir el tobillo de Denise y, tirando con fuerza, la hizo caer violentamente sobre el piso de concreto, y sobre él quedó, conmocionada.

Mollington peleaba furiosamente, pero la diferencia de edades inclinaba la lucha a favor de Hans.

Entonces el muchacho, alertado por un ruido o por un sexto sentido, volvió la cabeza y vio la puerta a punto de cerrarse. Con un feroz puñetazo, puso fuera de combate a Mollington y se disponía a salir cuando vio a Denise inconsciente.

Apenas medio metro de luz quedaba entre la puerta y el dintel, no había tiempo para salvar a los dos.

Optó por Denise.

Cogiéndola por los pies, avanzó de espaldas hacia la puerta y logró atravesarla aunque con gran dificultad.

Angustiado, tiró con fuerza del cuerpo de la chica, pero la pesada puerta de acero la cogió a la altura de las rodillas.

Y siguió cerrándose.

Y siguió cerrándose hasta que se cerró totalmente.

Un minuto más tarde un grupo de hombres fuertemente armados llegó a la carrera.

Encontraron a Hans contemplando obnubilado las piernas de Denise.

—¡Señor Richter! ¿Está usted bien?

—¿Han muerto Mollington y la secretaria?

—Oímos todo lo que ocurrió en el despacho porque Mollington olvidó cerrar el transmisor-receptor de la totalvisión.

—Pero no pudimos venir antes porque, como se trataba del Jefe, tuvimos que comunicar lo ocurrido y pedir autorización a la Presidenta del Grupo Operativo.

En ese instante el amortiguado sonido de una explosión llegó desde más allá de la puerta que había matado a Denise antes que la minicélula neutrónica.

EPILOGO

—Es para mí una satisfacción anunciar este nombra miento, acordado por la totalidad de los miembros del Consejo Interplanetario. Nadie con más méritos que el Primero Hans Richter para ocupar el cargo de Jefe Máximo del Centro Interplanetario de Paz porque nadie como él ha hecho tanto por la seguridad y la vida de sus congéneres.

Las palabras de Mary Ann Withfields, Presidenta del Grupo Operativo del Consejo Interplanetario, fueron muy aplaudidas.

Ese fin de semana, y siguiendo un impulso momentáneo, Hans fue al Hotel *Du Bois*, en Fointenebleau.

Al principio le había parecido una buena idea ir allí. Algo así como una forma de acabar para siempre con los recuerdos, pero después de una cena solitaria y mientras paseaba por los vacíos caminos del parque, la idea ya no le parecía tan buena. «En cinco minutos puedo estar en París. Mejor allí que aquí...»

Y en ese instante apareció la muchacha ante él. Era morena, muy guapa y hablaba con acento de sorpresa y admiración.

—¡Usted es Hans Richter, el héroe! He visto en la totalvisión la ceremonia de su nombramiento... ¡Usted arriesgó tantas veces su vida por salvar las nuestras! ¡Todos le debemos tanto! Y las aventuras que ha vivido... ¿Sería mucho pedir que me hablara de ellas?

FIN

(1) Especie de granada con pequeña carga nuclear no contaminante, capaz de producir destrucción total en un diámetro de diez metros. Llamada así por el sonido que emite al ser activada.